



## ***Semana santa, semana de Pasión***

## Índice

|  |           |
|--|-----------|
| <b>Presentación</b>                          | <b>3</b>  |
| <b>Retiro</b>                                | <b>5</b>  |
| <b>Formación</b>                             | <b>16</b> |
| <b>Comunicación</b>                          | <b>23</b> |
| <b>Vida salesiana</b>                        | <b>27</b> |
| <b>Pastoral Juvenil</b>                      | <b>31</b> |
| <b>La Solana</b>                             | <b>42</b> |
| <b>El Anaquel</b>                            | <b>52</b> |
| <b>El Anaquel: Bicentenario Don Bosco</b>    | <b>65</b> |
| <b>El Anaquel: Año de la Vida Consagrada</b> | <b>72</b> |

Revista fundada en 2000

Tercera época

Dirección: Mateo González

✓ [forum@salesianos.es](mailto:forum@salesianos.es)

Jefe de redacción: José Luis Guzón

Equipo asesor: Segundo Cousido, Carlos Rey, Jesús Rojano, Óscar Bartolomé, Samuel Segura, Carlos García Llata.

Depósito Legal: LE 1436-2002

ISSN: 1695-3681

# 🎯 Presentación

## *Semana Santa, semana de Pasión*

### **Redacción**

La publicación de este nuevo número de Forum.com se produce a las puertas de la Semana Santa. Llega también tras la celebración y el balance de los dos primeros años de pontificado del papa Francisco –por ello su foto en la celebración de su primer viernes santo como papa anterior ocupa la portada de este número–.

Más acontecimientos completan estas fechas y este año, también quedan reflejadas a lo largo de esta nueva entrega de nuestra publicación. A las habituales secciones del bicentenario del nacimiento de Don Bosco y el año eclesial de la vida consagrada (con recuerdo al papa Francisco y sus claves para los consagrados) unimos un retiro en el que se nos ofrecen paralelismos y propuestas desde la fecundidad de unir la mística de santa Teresa a la caridad pastoral vivida en la misión cotidiana de Don Bosco. Del 500 al 200, aniversarios tan presentes en nuestro año.

También ofrece otras propuestas para nuestra reflexión y formación permanente, desde un balance de la situación de la vida religiosa hecha desde la Asamblea de superiores generales a las reflexiones de vida salesiana en las que la palabra de Dios y las propuestas desde la vida de Don Bosco inundan nuestro vivir y sentir cotidiano.

En esta situación llega una nueva Semana Santa, una nueva oportunidad para vivir la vida en plenitud. Una nueva oportunidad para que la pasión que nos lleva a contemplar a Jesús en la cruz nos meta en su dinámica de cambio, el cambio que permite renacer nuevas actitudes de vida.

Este es el auténtico camino de la cuaresma que comenzaba con la ceniza y acaba con el fuego de la noche santa. Así lo recoge una parábola empleada tantas veces en la vida religiosa como elemento de motivación a un compromiso más radical en la búsqueda de Dios en nuestro mundo:

*Cuenta la historia que un día el abad Lot fue a ver al abad José y le dijo:*

*– Padre, en lo que puedo, observo una regla sencilla, hago pequeños ayunos, practico algo de oración y meditación, guardo silencio y, en la medida de lo posible, procuro mantener limpio mi pensamiento. ¿Qué más debería hacer?*

*El viejo monje se puso en pie, alzó las manos hacia el cielo, y sus dedos se convirtieron en diez antorchas llameantes. Entonces dijo:*

*– ¿Por qué no te transformas en fuego?*

## *¡Atentos a lo interior! Palabra de nuestros santos centenarios: Teresa y Juan Bosco*

**Jesús Manuel García (UPS)**

*«Nosotros no miramos las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas» (2 Cor 4,18).*

*El salesiano, «atento a la presencia del Espíritu y haciendo todo por amor de Dios, llega a ser, como Don Bosco, contemplativo en la acción» (C 12).*

### **1. Necesitamos recuperar la mirada contemplativa**

La contemplación puede resultar un sinsentido en una sociedad como la nuestra, que mira con recelo todo gesto religioso que suponga una atención a lo interior, viendo en él un peligro de evasión de la realidad y de falta de compromiso con los hombres. En cambio, la contemplación es cualquier cosa menos huida egoísta hacia la búsqueda del propio bienestar en detrimento del beneficio de los demás. Contemplar significa unificar, desde la comunión con el tú cálido de la persona de Jesús, nuestro ser disperso, de tal manera que desde este encuentro recibamos la fuerza del Espíritu, que nos lleva a asemejarnos más y más al Padre Creador, comprometiéndonos con mayor fuerza en la tarea de transformar las estructuras inhumanas del mundo para liberar al hombre de todo tipo de ataduras engendradas por la falta de amor. La contemplación no permite ir más allá de las apariencias y centrar nuestra atención en las cosas divinas; ver, desde la fe, la presencia de Dios en las cosas y, sobre todo, en las personas que nos rodean; gustarlo todo «desde dentro»; «tocar» con el corazón. Sin mirada contemplativa permanecemos en la superficie.

Es urgente pues que recuperemos esta actitud contemplativa ante la vida. Nos lo recuerda Papa Francisco en la *Evangelii gaudium*: «La mejor motivación para decidirse a comunicar el Evangelio es contemplarlo con amor, es detenerse en sus páginas y leerlo con el corazón. Si lo abordamos de esa manera, su belleza nos asombra, vuelve a cautivarnos una y otra vez. Para eso urge recobrar un espíritu *contemplativo*, que nos permita redescubrir cada día que somos depositarios de un

bien que humaniza, que ayuda a llevar una vida nueva. No hay nada mejor para transmitir a los demás» (EG 264). También el reciente documento de la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica, *Alegráos...*, confirma el valor y la actualidad de la contemplación: «Cultivemos la dimensión contemplativa, incluso en la vorágine de los compromisos más urgentes y duros. Cuanto más les llame la misión a ir a las periferias existenciales, más unido ha de estar su corazón a Cristo, lleno de misericordia y de amor».

El estar con Jesús, conocido y amado, nos tiene que formar a una mirada contemplativa de la historia, que sepa ver y escuchar en todo la presencia del Espíritu y, de modo privilegiado, discernir su presencia para vivir el tiempo como tiempo de Dios. Cuando falta la mirada de fe «la propia vida pierde gradualmente el sentido, el rostro de los hermanos se hace opaco y es imposible descubrir en ellos el rostro de Cristo, los acontecimientos de la historia quedan ambiguos cuando no privados de esperanza».

El contemplativo es, ante todo, un hombre de fe: «Sé de quién me he fiado». Si nuestra fe es chata, abstracta, si con ella no adherimos vitalmente a Jesús y en él a la humanidad sufriente, no seremos jamás contemplativos. Difícilmente imitaremos a Francisco de Asís, que se baja del caballo, abraza al leproso y descubre en él a Cristo Jesús. El creyente contemplativo, con sus ojos penetrantes, se desinteresa de sí mismo para exclamar, como María: «¡No tienen vino!».

Todos los grandes maestros de espiritualidad insisten en la importancia de la contemplación para dar calidad a la propia vida. «Los frutos mejores de la predicación proceden de la contemplación», dice Santo Tomás. «Entréme donde no supe y quedéme no sabiendo toda ciencia trascendiendo», declara Juan de la Cruz. «Porque no el mucho saber harta y satisface... sino el gustar de las cosas internamente», afirma Ignacio de Loyola en sus *Ejercicios espirituales*. «Conocer la unidad del Misterio entrando dentro de él», es el objetivo de Divo Barsotti... Son algunos ejemplos que nos invitan a tomar en serio el tema de la contemplación. Nosotros lo hacemos dejándonos guiar, en este significativo 2015, por nuestros dos santos centenarios: Teresa (1515-1582) y don Bosco (1815-1888).

## **2. Cuaresma: la mirada contemplativa requiere disciplina**

Necesitamos una mirada “contemplativa” para descubrir cómo el Espíritu actúa en el fondo de la conciencia de cada persona que encontramos en nuestro camino. Sólo si somos personas de una intensa “vida interior”, lograremos descubrir e interpretar esta presencia misteriosa del Espíritu en la vida de los jóvenes, identificar sus signos, señalar los lugares elegidos para su manifestación.

El “ver” no es una actividad fácil. No sólo requiere ojos, sino también mente y, sobre todo, corazón. Es necesario saber descifrar, traducir, acoger lo que se ve. Es necesario abrir los ojos del corazón. Cada visión auténtica no se puede limitar al acto físico del ver. Es también una forma superior de vivencia, una posibilidad de apertura hacia el infinito.

¿Qué es lo que podemos “ver” con la mirada contemplativa? Ante todo, la mirada contemplativa permite acoger y admirar la belleza de la creación. En la segunda parte de la *Introducción a la vida devota* de san Francisco de Sales, el autor invita a Filotea a cantar la belleza de Dios y adorar su bondad: «No existe criatura que no proclame su alabanza al Amado». Educado para saber contemplar a Dios en la naturaleza y en los sucesos, Don Bosco formaba a sus muchachos a esa “sencilla mirada” reveladora del amor de Dios. Y sus muchachos aprendían. «Una visión que no produce sentimientos dignos de ella, no hace otra cosa que añadirse a la ignorancia y a la ceguera» escribe el monje cisterciense Gilberto de Hoyland (siglo XII) en sus sermones sobre el *Cantar de los cantares*.

«Ver claro» no significa estar con los ojos siempre abiertos. Parafraseando el *Principito* de Antoine de Saint-Exupéry podemos afirmar que sólo se ve bien con el corazón, porque «lo esencial es invisible a los ojos». La mirada contemplativa si bien es un *hecho cardíaco*, no quiere decir que sea espontánea. Requiere disciplina, estudio, paciencia. La belleza, de hecho, es un bien frágil, que puede ser fácilmente marchitado o instrumentalizado y al cual nos tenemos que acercar con precaución y con tanto respeto. También para descubrir la belleza existe un «itinerario de la mente» (Buenaventura), un camino que desde el ojo lleva al espíritu y al corazón. Como ocurre con todo itinerario espiritual, también para el cristiano el amor por la belleza no es sólo de carácter estético sino también ascético. Es una necesidad vital, un ejercicio del espíritu que, con esfuerzo, busca la verdadera belleza, aquella que, según la conocida frase de Dostoevskij, salvará el mundo.

¿Cuáles son los sentimientos que debería despertar una mirada contemplativa? Según el monje Gilberto, estos tres: el temor, la maravilla y el amor. «Vana es la visión e indigna de ser llamada contemplación si ella no lleva con sí tal disposición afectiva». Lejos, por tanto, de una visión utilitarista o instrumental de la vista. La *razón* de la mirada contemplativa no es ni el egoísmo ni el deseo de poseer. El mirar contemplativo está abierto a lo «nunca visto» y, por tanto, inspira el canto de alabanza. Se trata de no dar las cosas por descontadas, de evitar la indiferencia ante la sublime sorpresa del vivir diario. No hay nada más anti-espiritual que una mirada cansada y superficial, incapaz de maravillarse; una “mirada utilitarista” que, de todas las cosas, lo único que logra captar es su aspecto “mercantil”, despreciando la única actitud capaz de crear unificación en la persona: la gratuidad.

La mirada contemplativa no está sujeta a la lógica de la ciudad, con el ir y venir de las personas, la parafernalia técnica y burocrática, y las amenazas de violencia sino que toca la profundidad humana. Lo profundo de nosotros emerge cuando el ser humano se detiene, calla, comienza a mirar dentro de sí y a pensar seriamente. Cuando se plantea cuestiones decisivas como: ¿qué sentido tiene en mi vida todo ese universo de cosas, de aparatos, de trabajos, de sufrimientos, de luchas y de placeres? ¿Hay vida más allá de la vida, ya que tantos amigos murieron, a veces de forma absurda? ¿Por qué estoy en este planeta pequeño, tan hermoso, pero tan maltratado?

La mirada contemplativa supone escuchar las voces y los movimientos que vienen de dentro. Hay una Presencia que se impone, mayor que nuestra conciencia. Presencia que habla de aquello que realmente cuenta en nuestra vida, de aquello que es decisivo y que no puede ser delegado en nadie. Dios es el nombre de esta experiencia que satisface nuestra búsqueda insaciable. Sólo Él puede colmar nuestra sed:

«Descubre tu presencia,  
y mátame tu vista e hermosura;  
mira que la dolencia  
de amor, que no se cura  
sino con la presencia y la figura.

¡Oh cristalina fuente,  
si en esos tus semblantes plateados  
formases de repente  
los ojos deseados  
que tengo en mis entrañas dibujados!»

(JUAN DE LA CRUZ, *Cántico espiritual B*, estrofas 11-12).

El hombre es imagen de Dios, y su “yo interior” es un espejo en el cual Dios no sólo se ve a sí mismo sino que se revela también al “espejo” en el cual se refleja: nuestro ser comunica directamente con el ser de Dios, que habita en nosotros. «Cuándo es que mi alma puede conocer lo que busca más allá de sí misma, si no cuando se proyecta fuera de sí?» (S. Agustín). Nuestro yo profundo existe en Dios y habita en Él.

«Tarde te he amado, Belleza siempre antigua  
y siempre nueva. Tarde te he amado.  
Y, he aquí que tú estabas dentro y yo fuera.  
Y te buscaba fuera. Desorientado, iba corriendo  
tras esas formas de belleza que tú habías creado.  
Tú estabas conmigo, y yo no estaba contigo  
cuando esas cosas me retenían lejos de ti,  
cosas cuyo único ser era estar en ti.  
Me llamaste, me gritaste e irrumpiste  
a través de mi sordera. Brillaste,

resplandeciste y acabaste con mi ceguera.  
Te hiciste todo fragancia, y yo aspiré  
y suspiré por ti. Te saboreé, y ahora  
tengo hambre y sed de ti. Me tocaste,  
y ahora deseo tu abrazo ardientemente».  
(San Agustín).

Con la mirada contemplativa cultivamos ese espacio interior que nos permite sentir el Todo, del cual cada uno de nosotros somos parte.

### **3. Ejercicios para recuperar la mirada contemplativa**

Es necesario reaccionar contra la tendencia del mínimo esfuerzo y la desconfianza en nuestras posibilidades delante de Dios. En Teresa encontramos una invitación continua a superar las dificultades que nos impiden lograr el sosiego, la unificación interior: « Acostumbraos, acostumbraos; mirad que sé yo que podéis hacer esto, porque pasé muchos años por este trabajo de no poder sosegar el pensamiento en una cosa —y es lo muy grande—... y si en un año no pudiéramos salir con ello, sea en mas. No nos duela el tiempo en cosa que tan bien se gasta» (CV 26,2).

#### **3.1. De la dispersión al recogimiento**

Hay que atreverse a estar a solas con uno mismo. Es la primera urgencia que le sale al paso a este hombre roto y disperso que se lanza con toda su pobreza a vivir esta experiencia de interioridad por la que se siente existencialmente urgido. Al principio va a ser una experiencia costosa, porque la dispersión es costumbre entre nosotros. Hace años que convivimos con un yo sometido a múltiples dicotomías: «Haced cuenta que ha muchos años que se ha ido de con su esposo, y que hasta que quiera tornar a su casa es menester mucho saberlo negociar, que ansí somos los pecadores: tenemos tan acostumbrada nuestra alma y pensamiento a andar a su placer —u pesar por mejor decir— que la triste alma no se entiende; que para que tome a tomar amor a estar en su casa, es menester mucho artificio; y si no es ansí, y poco a poco, nunca haremos nada» (CV26,10).

Nos resulta dura esta conquista del propio recogimiento porque no se trata, naturalmente, de entender la soledad como un simple aislamiento al que llevamos lo que Teresa llama «el propio bullicio». El que de veras se pone en soledad, debe hacerlo desde una postura de total apertura a la acción de Dios. A veces nos ponemos en soledad, pero nuestro retiro es sólo aparente, es la pantalla que oculta una huida egoísta o es el lugar donde intentamos dar una respuesta racional a nuestros problemas, en vez de plantearlos frente a Alguien. Nos retiramos sin dejar de lado todo nuestro «bullicio»; desde el aislamiento, seguimos alimentando los propios pensamientos y condiciones. Como las «almas concertadas», tan duramente

criticadas por la santa, dejamos que nuestro discurso domine un panorama interior que tendría que estar abierto a la escucha de Dios.

Permitimos, según la acertada expresión teresiana, que nuestro pensamiento «ande a su placer», sin percatarnos de que ésta es la razón de tantas oraciones estériles, de tantos gestos mediocres en habituales practicantes de una «oración» que no transforma.

Pero ¿qué decir al hombre que con toda verdad se retira a orar y allí descubre lo difícil que es acallar el propio «bullicio»? Todos podemos llegar a esta experiencia. Un buen día descubrimos que estamos pensando siempre, continuamente. Nos sentimos impotentes para acallar ese continuo golpeteo de los propios pensamientos. Es un descubrimiento para alegrarse. Se ha cumplido el aviso de Teresa: «La voluntad la tiene tan grande en su Dios que la da gran pesadumbre su bullicio (4 M 3,8)».

### 3.2. Recogerse para conocerse

Lo más importante en la vida es encontrarse a sí mismos. De las siete mansiones de Santa Teresa, conviene recordar que la primera se centra en el conocimiento de uno mismo. Para San Francisco de Sales el primer fruto de la contemplación es el *recogimiento*: Dios actúa como un imán que atrae hacia si todos los alfileres...(cf. TAD VI,3.6).

«Conocerse» no es un fin en sí mismo, sino el medio para estar más presente al Otro. Es bello descubrir la propia interioridad como una posibilidad de realización interior. Pero el descubrimiento de uno mismo como *castillo* sería insignificante, si no se descubre al mismo tiempo a Aquél que habita dentro de nosotros o en cuya presencia caminamos. El recogimiento, sin el descubrimiento de Cristo, sería como un cielo sin Dios. Como nos recuerda san Francisco de Sales en su *Tratado del Amor de Dios*, cap. IX, la meta pues de la contemplación es la unión con Dios.

Dios, dice san Agustín, está dentro de nosotros mismos. El recogimiento pues asegura no sólo el propio conocimiento sino también el trato de amistad con el Amigo. ¡Qué difícil es rezar cuando falta la *morada interior*, el lugar donde descansar, el espacio que facilita la propia pacificación! Es la morada interior la que nos permite lograr la unificación de nuestra vida, hasta llegar a ser personas “simples”, “contemplativas”.

Mientras nos esforzamos por concentrarnos, prevalece la oración vocal; necesitamos escuchar la Palabra de Dios, tener coloquios espirituales; leer libros devotos, meditar, cantar cánticos, cultivar buenos pensamientos... Todas estas actividades deberán ser realizadas desde el amor de Dios: la meditación aumenta el

conocimiento y el conocimiento aumenta el amor y lo conduce a la contemplación del amor de Dios.

Inicia después una oración interior, sin rumor de palabras, sin esfuerzo de conceptos, sin libros, con la alegría de sentirse escuchados y escuchados. A medida que aumentan los efectos propios de esta oración, aflora la exigencia totalitaria del amor de Dios que lo *exige* todo, porque lo ofrece todo.

### 3.3. Abiertos a Dios

Dios que viene a nosotros, se nos entrega para que le conozcamos, le amemos, y, en cierto grado, sintamos ya aquí en la tierra la alegría de su presencia. Sin embargo este «saborear» a Dios es en cierta medida, algo pasivo, que el alma no puede crear por sí misma, que fluye de los dones del Espíritu Santo. Con su presencia, el Señor introduce al alma en un estado de paz profunda. Todas sus facultades se silencian, no percibe a Dios ni con la imaginación, ni con los sentimientos. Es un conocimiento que fluye del interior, es un conocimiento de amor. El amor sobrenatural es una amistad, una benevolencia mutua. Le deseamos el bien al Señor, pero Él nos lo desea mucho mejor y por eso nos atrae a Él. La razón no crea nuevos conceptos, sino que despierta en nosotros el «sentido de Dios», para orientar nuestra vida hacia El. El alma comprende hasta qué grado Dios, que la abraza, es verdaderamente el único, incomparablemente majestuoso y superior a todo. El alma experimenta como una suspensión de todas sus facultades interiores y exteriores, incluso el cuerpo experimenta entonces una paz dulce. La voluntad, atraída a Dios, está tan feliz, que no quisiera ya recobrar su libertad, no puede separarse del Señor. En cambio, la razón puede distraerse y llevar al alma consigo en su vagar, turbando la paz de la voluntad. La memoria le ayuda en este trabajo y el alma puede ceder a la distracción de su atención amorosa en la que la voluntad está sumergida. No obstante, si el Señor atrae al alma más profundamente, entonces la influencia sobre la razón será tan fuerte, que también ella obtendrá la paz. Esta oración de quietud puede realizarse durante el tiempo destinado a la oración, como también, puede durar y prolongarse a lo largo de todo el día. La voluntad puede estar unida a Dios durante la realización de las ocupaciones ordinarias.

Si al principio el orante era el protagonista, ahora es el mismo Cristo quien sale al encuentro del orante y le hace partícipe de su vida, guiándolo por caminos que él desconoce: «Para venir a lo que no sabes, has de ir por donde no sabes» (Juan de la Cruz, *Subida I*, 13, 6). Es la etapa de la comunión con Dios, donde sólo la fe y el amor son capaces de ir más allá de las apariencias de la soledad psicológica para sumergirnos en la presencia del Dios Amor. Los amantes, tantas veces, no necesitan decirse muchas palabras para declararse su amor: «Se entienden Dios y el alma con sólo querer Su Majestad que lo entienda, sin otro artificio para darse a entender el

amor que se tienen estos dos amigos. Como acá si dos personas se quieren mucho y tienen buen entendimiento, aun sin señas parece que se entienden con sólo mirarse. Esto debe ser aquí, que sin ver nosotros cómo, de en hito en hito se miran estos dos amantes» (V 27,10). María de Betania vive tranquila, a los pies de Jesús, esos momentos que Dios le concede. No le importa todo lo sucede a su alrededor. Se siente habitada por una presencia: «El alma recoge todas las potencias y se entra dentro de sí con su Dios, y viene con más brevedad a enseñarla su divino Maestro y a darla oración de quietud, que de ninguna otra manera» (CV 28, 4).

En esta etapa se obtiene la luz, la fuerza y la energía de Aquel que nos trasciende y nos acompaña, del Crucificado Resucitado, que es para siempre Dios con nosotros. Esta es la fase de la alegría de adorar, del complacimento porque gustamos anticipadamente lo que será nuestra felicidad en el cielo.

### **3.4. ¡Obras quiere el Señor!**

Los que de este modo se retiran para poner silencio a su bullicio y dispersión y abrirse a Jesús que sale a su búsqueda, desde su pobreza se atreven a balbucir como Teresa: «¿hasta cuándo esperaré ver vuestra presencia?» (E 6,1) o bien gritarán con la impaciencia del Éxodo: «Muéstrame tu rostro» (Ex 33,18).

Y vuelven, como Moisés, con el rostro iluminado a los hermanos, para contarles lo que han vivido con El. Quién llega aquí ya no duda de que El está con nosotros, en mi «sonora soledad», pero también de manera inseparable en los hermanos sufrientes, en los desposeídos de la tierra, en los necesitados, en los pobres y pequeños... «Para esto es la oración, hijas mías...; que nazcan siempre obras, obras» (7 M 4,6).

«Obras quiere el Señor, y que, si ves una enferma a quien puedes dar algún alivio, no se te dé nada de perder esa devoción y, te compadezcas de ella; y si tiene algún dolor, te duela a ti; y si fuere menester, lo ayunes porque ella lo coma» (5 M 3,11).

El Cristo encontrado y contemplado en la oración se prolonga en el encuentro con el hermano, y si somos capaces de experimentar a Cristo en los pequeños es porque ya lo hemos encontrado en la oración contemplativa. La contemplación no es sólo descubrir la presencia de Jesús en el hermano («a mí me lo hacéis»), sino igualmente una llamada a la acción en su favor, al compromiso liberador («lo que hicisteis»). La entrega al hermano y a su liberación, por otra parte, en cuanto experiencia contemplativa, implica una presencia acompañante e intuitivamente iluminadora de ese mismo Cristo encontrado en la oración. (cf. Galilea, *La liberación*). Oración y compromiso, oración y servicio al hermano, aparecen así como las dos realidades que emergen del encuentro con Jesús: «porque vida activa y contemplativa es junta» (CV 31,5).

#### 4. Contemplativos en la actividad de cada día

Contemplar en la acción no quiere decir tener que pensar en Dios mientras se actúa, sino que se trata de que toda la acción apostólica esté animada de espíritu religioso (cf. *PC* 8). El salesiano contemplativo es consciente de que en cada actividad que desarrolla está en juego la realización del Reino de Dios.

Para que nuestro trabajo sea lugar de encuentro y comunicación con Dios es necesario que nuestra acción se haga de acuerdo con la voluntad de Dios y que proceda de la unión íntima con Dios: «Todo lo que haces puede ser un camino hacia Dios, con tal de que lo hagas de modo que te conduzca hasta Dios». No es verdad, pues, que cualquier actividad, hecha de cualquier modo, sea expresión de una persona contemplativa: solo la acción que tiene su inicio en Dios y conduce a Él, refuerza y amplía el amor teologal, característica fundamental de la persona contemplativa.

El «contemplativo en la acción» es creíble no porque se dedica a «devociones a bobas» sino porque «es tal»: la credibilidad de la contemplación está la acción. En esto coinciden nuestros dos santos. Dice Teresa a sus monjas: «Mas contemplación es otra cosa, hijas, que éste es el engaño que todos traemos, que en llegándose uno un rato cada día a pensar sus pecados, luego dicen es muy contemplativo» (*CE* 24,4). La Santa, de hecho, critica y se burla de la mixtificación de los aturdimientos hechos pasar como raptos (abobamientos-arrobamientos). El verdadero contemplativo para Teresa está siempre «presente y con ganas de servir»: «siervos del amor», «olvidados de sí»... Teresa nos pide que imitemos a Marta: Obras, obras, obras... «Santa era santa Marta, aunque no dicen que era contemplativa. Pues ¿qué más queréis que poder llegar a ser como esta bienaventurada, que mereció tener a Cristo nuestro Señor tantas veces en su casa y darle de comer y servirle y comer a su mesa?» (*CV* 17,5).

Resulta significativo estudiar las pequeñas comunidades religiosas fundadas por santa Teresa con el deseo explícito de formar personas contemplativas. Ante todo tenían que ser pocas monjas y bien seleccionadas. Veinte era ya un número demasiado alto. Veintidós era el límite. La disciplina era rígida, pero su observancia era inteligente. La superiora era más que una funcionaria. La oración, la penitencia, el silencio, la soledad, el ayuno, el trabajo eran tomados muy en serio. Pero también los valores humanos; es más, cuando se producía algún conflicto entre los valores humanos y la oración, santa Teresa daba prioridad a los primeros. Para convencernos de esto, basta que leamos el largo capítulo sexto del libro de las *Fundaciones*. La Santa, en este capítulo, la tiene tomada con algunas monjas más bien proclives a las exageraciones místicas que a los trabajos cotidianos. Como buena pedagoga que era, la madre se despide de los conventos pidiendo a sus superioras que no se olviden de organizar buenos recreos, de jugar, de cantar y de danzar... para no perder contacto

con la realidad cotidiana. El mismo San Juan de la Cruz conducía a sus monjes a meditar en la montañas y amaba hablar de Dios en medio de las bellezas de la creación.

Cambiando cultura y carisma, don Bosco también tiene claro cómo quiere ver a sus salesianos. En una conferencia dirigida a los Cooperadores el 4 de junio de 1880, él decía: “En otra época bastaba reunirse juntos en las santas prácticas de piedad, y la sociedad aún plena de fe seguía la voz de sus pastores. Hoy los tiempos han cambiado, y por lo tanto más allá del rezar fervientemente, conviene trabajar y trabajar incansablemente, si no queremos asistir a la ruina total de la presente generación” (*Boletín Salesiano* (1880) 4, 12).

Para don Bosco, ser contemplativos implica pues no sólo nutrir una íntima relación con Dios, mediante la oración personal y comunitaria, sino aceptar la renuncia y el sacrificio de sí mismos por amor a los jóvenes. Las relaciones con ellos, la presencia (escuela, oratorio, tiempo libre...), la ayuda dada, el tiempo consagrado a ellos, la promoción variada de sus capacidades: todo esto pasa a ser el lugar privilegiado de “contemplación” del educador salesiano. Este es el camino típico, el camino espiritual específico y original de quien desea encontrarse con Cristo Resucitado y vivir con él, según el estilo de don Bosco. Como nos recordaba antes Teresa, nadie, en la vida salesiana, debería hacerse ilusiones con aspiraciones espirituales místicas y contemplativas si no está dispuesto a someterse, antes que nada, a las exigencias de los jóvenes: “siervos de los jóvenes”.

Santa Teresa y don Bosco, contra toda acusación de intimismo, ponen siempre como verificación de la contemplación el amor hacia los hermanos y su servicio, hasta experimentar que en la oración la soledad se llena de presencias y el alma viene movida a dejar a Dios por el prójimo: «¡Oh Jesús mío!, cuán grande es el amor que tenéis a los hijos de los hombres, que el mayor servicio que se os puede hacer es dejaros a Vos por su amor y ganancia y entonces sois poseído más enteramente» (*E* 2).

Para el salesiano, la actividad educativa salesiana es el “sacramento” del encuentro con Dios. En la educación está presente un misterio profundo, que exige la mirada contemplativa porque está escondido al vistazo de lo inmediato: “Quien recibe a este niño en mi nombre, a Mí me recibe” (*Lc* 9,48). Según la palabra de Jesús, con un único acto se acoge al niño en su nombre y se acoge a él, Jesús, el Hijo de Dios. Como narra poéticamente Ernesto Olivero, el campo de la educación se convierte, pues, para el salesiano en el lugar de la realización del misterio pascual, porque es allí donde “muere a sí mismo” haciendo crecer las posibilidades de vida y de fe de los jóvenes.

«Para ayudar a un joven  
estamos dispuestos a jugarnos todo,

no nuestro ideal,  
pero sí nuestras ideas, todas ellas.  
Para recuperar a un joven,  
estamos dispuestos a vender todas nuestras pertenencias.  
Para encontrar a un joven  
estamos dispuestos a ir  
desde una parte del mundo a la otra.  
Para escuchar a un joven  
estamos dispuestos a buscar con él ideas nuevas.  
Para amar a un joven  
Estamos dispuestos a dar la vida».  
(Ernesto Olivero)

# 🎯 Formación

## *Siervos impotentes de la humanidad, humildes testigos del Reino*

**Antonio M. Pernia, SVD**

### **1. Perspectiva de base: la VC como regalo**

Ezzati ha dicho: *“un acercamiento humilde y reverencial a un don precioso del Espíritu”* y Acosta termina su ponencia recordándonos esta verdad *“La vida religiosa es un regalo de Dios a su Iglesia”*.

La VC es un don recibido y dado gratuitamente. Esta noción se ha desarrollado muy bien en la historia de la evangelización del continente y de las islas. Y ambas ponencias, al citar el Documento de Aparecida, manifiestan que la VC ha sido realmente un gran regalo para la Iglesia y la gente de América Latina y del Caribe. En ambas ponencias se reconoce con agradecimiento el rol indispensable que los/las religiosos/as han desempeñado en la misión de evangelización, en especial, su trabajo entre los pobres y los abandonados (por medio de sus centros pastorales, sociales y de salud) y su aporte en la creación y humanización de la cultura (por medio de sus instituciones educativas, colegios y universidades). Todo esto se ha hecho con sentido de gratuidad dando una forma concreta a la noción de la VC como don.

Creo que la idea de la VC como don es importante y necesita ser enfatizada más y más, porque nos recuerda que la VC non es nunca un proyecto enteramente humano, sino que es un don gratuito del Espíritu. Nunca está solo en las manos de los seres humanos, está en las manos de Dios. Como alguien dijo durante el Seminario Teológico que se ha celebrado el año pasado, es posible que la VC esté en crisis, pero el Espíritu no lo está. A lo mejor somos demasiado “pelagianos” en nuestra vivencia de la Vida Consagrada. Vamos por la vida como si todo dependiera única y en primer lugar de nuestros esfuerzos, y nunca o solo en segundo lugar de la gracia de Dios. Y por ello prestamos mucha atención a la eficacia de nuestras obras, y no suficientemente a la credibilidad de nuestro testimonio personal. Quizás deberíamos ser más “agustinianos” en nuestra vivencia de la vida consagrada.

En cualquier caso, pienso que merece la pena ahondar en esta idea de la VC como don, en nuestro intento de revitalizar la vida religiosa.

- Por ejemplo, un elemento de la idea de la VC como don es la “dimensión contemplativa” de la misma. ¿En qué medida nos tomamos en serio este aspecto? ¿Qué hacemos para asegurar que esta dimensión sea alimentada y cultivada en nuestra vida de cada día? ¿Qué significa concretamente?
- Otro elemento es la noción de gratuidad. ¿Cómo llevamos a cabo nuestra obra o nuestro apostolado? ¿Con sentido de gratuidad, o como una obligación o como un deber, o para responder a las expectativas de nuestra Congregación o de la gente? ¿En qué medida compartimos libremente nuestro carisma con otros en la Iglesia y en el mundo? ¿Guardamos el carisma para nosotros? ¿Lo guardamos celosamente en nuestras estructuras, reglas y reglamentos? ¿O lo compartimos libremente con otros?
- Y otro elemento es la manera como compartimos nuestro carisma con otros. ¿Cómo lo hacemos? ¿Compartimos nuestro carisma envuelto en envolturas viejas y poco atractivas? ¿O en envolturas nuevas y atractivas? El Prof. Acosta ha hablado del problema del “marketing”, y Mons. Ezzati insiste en decir que hay que presentar la VC con formas nuevas, con un lenguaje nuevo, con símbolos nuevos.

De todos modos, la noción de VC como don es un concepto interesante. Y explorar esta idea puede producir unas intuiciones muy profundas que podrían resultar útiles para la revitalización de la vida religiosa.

## **2. Análisis crítico: la crisis de la VC, hoy**

El segundo ámbito de convergencia se refiere al reconocimiento de la crisis de la VC hoy. Deseo reconocer la sinceridad y la honestidad con que ambos ponentes han procedido al análisis crítico de la VC hoy. No se andan con rodeos y llaman a las cosas por su nombre.

### **2.1. Signos de la crisis**

Los signos de la crisis que la VC está atravesando no nos son ajenos. Mons. Ezzati los enumera como sigue: disminución de entradas en los noviciados, aumento de salidas, envejecimiento de los integrantes de las comunidades, las congregaciones están muy mayores y falta el relevo, sobrepeso de las instituciones propias, activismo excesivo y a veces estresante de las personas responsables de las obras, debilitamiento de la vida comunitaria y de la vida espiritual, frecuentes problemas económicos, angustia por un futuro incierto. El Prof. Acosta concuerda con estos signos y sostiene que aunque hay falta de vocaciones en las congregaciones “más progresistas”, las casas de formación de las congregaciones “más tradicionales” parecen estar llenas. Se pregunta por qué la juventud que hoy se siente llamada por el Señor no parece atraída por el carisma y el estilo de vida de las congregaciones religiosas. ¿Es una cuestión de “marketing”?

## 2.2. Razones de la crisis

También en la cuestión de las razones de la crisis, las ponencias concuerdan en términos generales.

En primer lugar, ambos subrayan el hecho que la forma actual de la VC – sus estructuras, organización, métodos de trabajo, estilos de vida – no responden adecuadamente a las necesidades y a los retos de una sociedad que ha cambiado y está cambiando radicalmente. A esta sociedad que ha cambiado y está cambiando se la describe de muy distintas formas: pluralista, multi-cultural, post-moderna, post-cristiana, globalizada, modelada por la información moderna y por la tecnología de la comunicación, productora de nuevas formas de pobreza y de exclusión. Al citar el Documento de Aparecida, el Prof. Acosta sostiene que se trata de un cambio epocal, que supone un cambio en nuestra manera de entender a la persona humana y sus relaciones con el mundo y con Dios. Mons. Ezzati añade que, en el intento de responder a este mundo que cambia, se han introducido muchos cambios: comunidades religiosas insertas, programas de renovación, el Camino de Emaús, economías de comunión, nuevas fundaciones en las zonas de frontera, etc. Se han introducido muchos cambios y, sin embargo, poco ha cambiado en la VC. Según nuestros dos ponentes, la razón de la crisis estriba en algo más profundo.

Esta segunda razón de la crisis es lo que Mons. Ezzati, al citar al P. Carlos Palacio, SJ, llama una “anemia evangélica”, o falta de fervor apostólico. Y Mons. Ezzati dice que la VC está llamada hoy a “fervor, intensidad de oración, radicalidad evangélica, servicio misionero intenso, como los primeros discípulos y misioneros de Jesús, el testigo del Padre”. Y añade que es urgente que la VC recupere una conciencia profético-sapiencial-escatológica que, a través de una vida de transparencia, le permita testimoniar y hacer presente a Jesús, hoy. La VC hoy está llamada a ser “un fuego que enciende otros fuegos”.

El Prof. Acosta concuerda con esto y de forma más explícita nota lo que él llama abandono de parte de religiosos/as de la opción evangélico-religiosa a favor de la opción político-ideológica. Esto significa pérdida de fe y de esperanza en la construcción del Reino de Dios por el testimonio evangélico y el creer que a Dios se le sirve mejor por medio de proyectos socio-políticos que transforman el mundo. “¿Cómo creer que el Reino de Dios está cerca, si los que dijeron sí al seguimiento radical de Cristo en la vida consagrada no dan testimonio de la primacía de Dios y del poder transformador de su amor?” Y cita como ejemplos de esto a Fernando Lugo Méndez de Paraguay y a Mons. Luis Alfonso Santos in Honduras.

Al citar la afirmación de Benedicto XVI según quien el peor enemigo de la Iglesia no está fuera sino dentro de ella, el Prof. Acosta lamenta la falta de coherencia entre algunos/as religiosos/as y un estilo de vida que no es ni casto, ni pobre y ni obediente. Por consiguiente, es preciso “*volver a encender el corazón*” – una imagen incidentalmente similar a la que usa Mons. Ezzati.

### 3. Propuestas para el futuro: Esperanza para la VC

El tercer ámbito de convergencia se refiere a las propuestas que ambas ponencias presentan para superar la crisis que la VC atraviesa hoy. Ambos ponentes están convencidos de que a pesar de la crisis actual – admitida como real y profunda – la VC no está a punto de morir o de desaparecer. No se ha convertido todavía en “una pieza de museo”. De hecho, la VC no puede y no debe desaparecer. Es una dimensión esencial de la Iglesia y la Iglesia no sería la Iglesia de Jesucristo sin la VC.

El Prof. Acosta afirma que es imposible imaginar a América Latina sin los/as religiosos/as y su presencia por sus incontables obras de caridad. Representan mejor el rostro de Cristo cercano a nosotros y amigo de todos, que sostiene a los pobres y a los últimos de este mundo. Mons. Ezzati, por su parte, cree que el momento de crisis puede transformarse en una oportunidad para el crecimiento, si responde bien a los retos de la VC, en particular al reto de ser “levadura que levante la masa de la VC”, y al reto de ser “un don y una presencia viva y profética del Espíritu que quiere renovar la Iglesia”.

En ambas ponencias hay varias propuestas y recomendaciones para superar la crisis y para revitalizar la VC de cara al futuro. Estas propuestas pueden agruparse alrededor de tres núcleos, que incidentalmente coinciden con los requisitos necesarios para la renovación de la vida religiosa que el Vaticano II indica en el decreto *Perfectae Caritatis*. En el no. 2 del decreto leemos: “La adecuada adaptación y renovación de la vida religiosa comprende a la vez el continuo retorno a las fuentes de toda vida cristiana y a la inspiración originaria de los Institutos, y la acomodación de los mismos, a las cambiadas condiciones de los tiempos.”

Y así podemos hablar de tres principios de renovación fijados por *Perfectae Caritatis*, a saber: (1) retorno al Evangelio, (2) retorno al Fundador y al carisma original del Instituto, y (3) acomodación de los Institutos a las cambiadas condiciones de nuestro tiempo.

#### 3.1. Fervor evangélico

En primer lugar hay que recuperar el fervor evangélico. Las expresiones que se usan en ambas ponencias al respecto son: “seguimiento apasionado de Jesús”, “discipulado radical”, “radicalidad evangélica”, “testimoniar el primacía de Dios”, “espiritualidad evangélica”, “vida de oración intensa”, “dinamismo misionero”, “entusiasmo misionero”, “comunidades vivas”, “comunidades sencillas y abiertas”. Y el grito de batalla es: “volver a Jesús”, “volver al Evangelio”, “volver a la Palabra de Dios”, y Mons. Ezzati observa: “y olvidar casi todo lo demás”.

Esto supone sacudirse de encima el espíritu de mediocridad a la hora de vivir nuestra consagración y los votos religiosos. Esto nos pide luchar en contra de las seducciones de una sociedad consumista, una “cultura confortable”, un estilo de vida burgués. Supone transformar las estructuras obsoletas, los métodos de trabajo, las formas de

oración, los estilos de vida comunitaria. Se nos pide que nos sacudamos de encima las escorias que se han ido acumulando con el tiempo, el barniz que nos ha cubierto en los años, el polvo que se ha ido acumulando a lo largo de la historia – para que lo que queda sea solamente lo esencial, aquello que importa, el “unum necessarium”.

En este contexto, se hace hincapié en la centralidad de la Palabra de Dios y se recomienda, entre otras cosas, la práctica regular de la “*lectio divina*”.

### **3.2. Carisma fundacional**

El segundo grupo de propuestas se refiere a la fidelidad al carisma fundacional de la congregación y al retorno al espíritu del Fundador.

Se nos llama a ser fieles a la esencia del carisma fundacional de la congregación. Un carisma es un don del Espíritu, discernido por el Fundador para responder a los desafíos de un periodo particular. Hoy es necesario redescubrir el espíritu fundacional de la congregación y actualizar o revitalizar el carisma que dio vida a la congregación religiosa. El Prof. Acosta pregunta cómo respondería el Fundador a los retos de hoy. Y cuáles serían las estrategias que él desarrollaría del carisma que él discernió.

Mons. Ezzati subraya la necesidad de recuperar la “intuición carismática” del Fundador y apropiarnos de su espíritu caracterizado por una apertura al Espíritu de Dios, por la capacidad de discernimiento espiritual, por una prontitud evangélica para atreverse y tomar riesgos, un sentido de sencillez y de pobreza, y una profunda compasión por los pobres y los abandonados. Hacer esto va más allá de renovar o reestructurar o refundar la VC- Supone “re-inventar la VC desde una experiencia renovada mística, carismática y espiritual”. Supone dar a la VC un nuevo paradigma o símbolo. Supone nada menos que “re-significar” la VC.

### **3.3. El grito de los pobres.**

El tercer grupo de propuestas se refiere al reto de responder a los desafíos de nuestro mundo que ha cambiado y está cambiando.

El primero de estos retos y quizás el más importante es escuchar y responder al “grito de los pobres”, especialmente de aquellos que son hoy excluidos y dejados atrás por el proceso de la globalización. A las “divisiones” económicas, sociales, políticas del pasado hoy se añade la así llamada “división digital”. Por un lado de esta división están los que se aprovechan del enorme desarrollo de la “tecnología de información y de comunicación” (ICT). Por otro lado, hay millones de personas que son excluidas de este desarrollo por no tener acceso a esta tecnología.

La VC se ha caracterizado siempre por su compromiso y solidaridad con los pobres y abandonados. En el curso de la historia, este compromiso ha asumido varias formas – desde ofrecer asistencia, trabajar a favor de su desarrollo, ponerse a su lado en sus luchas por la liberación y la defensa de sus derechos humanos. La revitalización de la

VC necesita un compromiso renovado y verdadero a favor de la opción de los pobres. La solidaridad con los pobres y con los marginados de parte de los consagrados y consagradas es la demanda permanente del Evangelio y una intuición perdurable de los Fundadores de las congregaciones religiosas.

Otros “gritos” que la VC debe oír y a los que debe responder hoy son lo que vienen de los migrantes, de las poblaciones indígenas, de los afro-americanos, de las mujeres, de los presos, de los enfermos, y de los jóvenes. Además de oír el grito de estos sectores de la sociedad, la VC debe responder a los retos que plantea el mundo digital, de la élite y de los intelectuales, de la familia y de los laicos en general.

Nuestros dos ponentes terminan sus ponencias con una nota esperanzadora: el surgir de una VC revitalizada. El Prof. Acosta dice que si en el siglo XXI las congregaciones religiosas siguen siendo válidas a pesar de las sombras y dificultades, éste es un signo de que Dios las bendice y las guía. Mons. Ezzati nota que en cada coyuntura crítica de la historia han ido emergiendo siempre nuevas formas de VC, que han revitalizado las congregaciones religiosas existentes. Es de esperar que esto ocurra también en América Latina y en el Caribe, para que la vida religiosa en el continente y en las islas sea realmente “evangélica, nazarena, pascual, mística y profética”.

## **4. Conclusión**

Concluyendo, permítanme compartir una breve reflexión sobre las que considero ser oportunidades para la VC hoy. Me la sugiere la propuesta de Mons. Ezzati de ver lo “inter-intra” como el estilo de la vida religiosa. Mons. Ezzati cree que toda la actitud cristiana y religiosa debería concentrarse alrededor de la categoría de lo “inter” – inter-congregacional, inter-generacional, inter-cultural, inter-religioso, inter-comunitario, inter-personal. Me limito a tres aspectos de esta categoría, a saber: lo intercultural, inter-congregacional y lo inter-vocacional.

### **4.1. La interculturalidad en la vida comunitaria**

Muchas de nuestras congregaciones religiosas son internacionales en sus miembros. Creo que esto ofrece la oportunidad de desarrollar una verdadera interculturalidad en comunidad, viviendo como testigos de la universalidad y de la apertura del Reino de Dios. Este testimonio es especialmente urgente en el contexto de la globalización que tiende, por un lado, a excluir y, por otro, a eliminar las diferencias. En vista de esto, hoy es particularmente necesario testimoniar que el Reino de Dios es un reino de amor que incluye absolutamente a todos y que, al mismo tiempo, está abierto a la particularidad de cada persona y pueblo. Al mismo tiempo, una verdadera comunidad intercultural es un fuerte testimonio de que, bajo la inspiración de los valores del Evangelio, es posible que gente de distinta cultura y nación viva en comunión y en solidaridad, en paz y en armonía – un testimonio que es hoy necesario en un mundo a menudo roto por los conflictos, la violencia y las guerras culturales, étnicas y raciales.

## 4.2. Inter-congregacionalidad en el ministerio

La falta de vocaciones y la escasez de personal religioso nos están haciendo conscientes de la necesidad de colaboración inter-congregacional. Un ejemplo de esto es el proyecto SSS (Solidaridad con Sudán del Sur).

Es evidente que ninguna congregación religiosa hubiera podido responder al llamamiento de los obispos del Sudán del Sur, sin la ayuda de otras. La colaboración inter-congregacional lo ha hecho posible. Además, esta colaboración inter-congregacional aporta una riqueza particular a la iglesia local con un estilo de presencia diferente por la diversidad de carismas de las congregaciones religiosas. Presenta a la Iglesia local un “conjunto” coordinado de los varios carismas. Al mismo tiempo, la colaboración inter-congregacional afirma con fuerza que la misión es más amplia que lo que cada congregación puede hacer. Porque la misión es *Missio Dei*. Su agente principal es el Espíritu de Dios. Nosotros somos meros colaboradores en el gran plan de Dios para este mundo.

## 4.3. Inter-vocacionalidad en la misión

Se dice que uno de los “signos de los tiempos” hoy es la emergencia de un laicado cultivado, sumamente motivado y activo. La forma nueva de comprender la vocación laical y el apostolado laical que nos viene del Vaticano II ha llevado al surgimiento de muchos “movimientos laicales” a través de los que los laicos se asumen la responsabilidad de evangelizar la cultura y transformar la sociedad. Este es el llamado al partenariado con los laicos en misión, es decir, el partenariado entre dos vocaciones en la Iglesia, las vocaciones religiosa y laical. Esta sería la “inter-vocacionalidad” (por falta de un término que lo exprese mejor). La misión de testimoniar el Reino de Dios y transformar el mundo a la luz del Evangelio necesita el complemento de la competencia de los laicos en varios campos del mundo secular. Si la misión de “transformar el mundo” tiene que devenir concreta, práctica y efectiva, supondrá el que nos enredemos en las realidades socio-políticas-económicas de la sociedad humana. Es aquí donde el partenariado con los laicos es crucial.

# Comunicación

## *La investigación sobre los usos y los riesgos de los menores en el ciberespacio. Análisis metodológico<sup>1</sup>*

**Antonio García Jiménez, María Cruz López de Ayala y Carmen Gaona Pisonero (Universidad Rey Juan Carlos)**

### **1. Introducción**

En los últimos diez años, hemos asistido en España a la proliferación de estudios que abordan la investigación empírica sobre los usos que los adolescentes realizan de Internet y los comportamientos asociados a ellos. Este interés por conocer las prácticas online de los menores no se circunscribe únicamente al ámbito académico, sino que diversas instituciones de iniciativa privada y pública, sensibles a las oportunidades y los peligros o riesgos que esconde la Red para los menores, han generado o patrocinado informes al respecto.

### **2. Objetivos**

En este trabajo nos detendremos en las diversas investigaciones sobre esta cuestión generadas en España, con especial atención a aquellas iniciativas de carácter institucional que han sido las que han abarcado trabajos más ambiciosos desde el punto de vista del ámbito geográfico y representatividad de la muestra. Posteriormente, realizaremos un análisis descriptivo de las principales características metodológicas del conjunto de los estudios con el objetivo de identificar las principales tendencias al respecto, para, a continuación, establecer nuevos ejes temáticos sobre los que establecer nuevos diseños metodológicos. Por último, se realiza una reflexión sobre algunas de las cuestiones que se pueden analizar en este dominio.

Se pretende, con este estudio, orientar la reflexión entre la comunidad científica acerca del tratamiento temático y metodológico que está recibiendo este fenómeno entre los estudios empíricos en España con el objetivo de conocer sus puntos fuertes así como los sesgos, lagunas y carencias de que adolecen y a partir de ahí proponer

---

<sup>1</sup> Este artículo es fruto del trabajo realizado en el marco del Proyecto Nacional de I+D+I “Análisis de uso y consumo de medios y redes sociales en Internet entre los adolescentes españoles. Características y prácticas de riesgo” (CS02009-09577), Ministerio de Ciencia e Innovación. Secretaría de Estado de Investigación. Dirección General de Investigación y Gestión del Plan Nacional de I+D+I.

un modelo metodológico que nos permita avanzar en el tema y sirva de referencia a otros investigadores.

### 3. Conclusiones y discusión

La revisión de la metodología utilizada por los estudios que abordan el uso adolescente de Internet ha permitido constatar diversos hechos:

1. La prevalencia de modelos metodológicos unidimensionales, ya sean cuantitativos o cualitativos, como forma de acercarse a este objeto de estudio. Dentro de estos modelos, la perspectiva cuantitativa es la más frecuente y casi única si nos circunscribimos a las iniciativas institucionales. La encuesta estadística y los grupos de discusión son las técnicas/prácticas más usadas, generalmente de manera exclusiva. De esta forma, queda constatada la primera hipótesis de nuestro trabajo. Por último, es preciso señalar que los estudios revisados en determinadas ocasiones carecen de una descripción clara y extensa de la metodología seguida en el proceso de investigación que explique las decisiones relativas al proceso de selección de la metodología o la descripción del proceso de obtención/producción de datos. Además debiéramos añadir que, en muchos casos, no aportan un marco teórico explícito o no se profundiza en el mismo.

2. De igual modo, se confirma que el tratamiento básico de los estudios revisados giran alrededor de los temas **uso/consumo/riesgo**. Ha quedado claro el especial interés por analizar los usos y formas de consumo en el ciberespacio entre el colectivo adolescente, y su conexión con los problemas y riesgos que estas prácticas pueden acarrear. En general, el universo de estudio se ha movido en un arco de edad que se extiende entre los 10 y los 18 años, con pequeñas variaciones alrededor de este rango. A este respecto, debemos recalcar que este periodo de la vida se constituye como un momento especialmente destacado en el proceso de construcción de la identidad y en el que se manifiestan formas de comportamiento cualitativamente distintas de las etapas anteriores en lo que se refiere a las relaciones e interacciones con los otros.

3. Las relativamente escasas investigaciones en que se han combinado ambas metodologías y técnicas y que solo en algún caso abarcan el conjunto del territorio nacional. En cuanto a la forma de articular ambas metodologías, éstas se han abordado de manera sumatoria más que integradora, generando informes independientes. La complementariedad real de las metodologías cuantitativas y cualitativas proporciona la posibilidad de generar aproximaciones holísticas para el análisis y la interpretación de los datos, haciendo un uso más flexible de las técnicas de investigación donde los resultados de un método nos servirían como base para el siguiente. En este sentido, la investigación cualitativa puede servir como estudio exploratorio para establecer las hipótesis que serán recogidas en la parte cuantitativa para su verificación o refutación posterior. Paralelamente, el análisis cualitativo permitirá interpretar los resultados del análisis cuantitativo y facilitará

una visión de la complejidad e interconexión de los diferentes aspectos que intervienen en el fenómeno estudiado.

4. Cabe subrayar el recurso de los investigadores a los centros educativos como lugares desde los que reclutar a los individuos que actuarán como unidades respondientes (la LOE -Ley Orgánica de Educación- considera la educación obligatoria desde los 6 a los 16 años, edad esta última que corresponde teóricamente con el cuarto y último curso de la ESO, aunque la ley también indica que los alumnos que no se gradúen en ESO a los 16 años tienen derecho a permanecer en régimen ordinario hasta los 18 años cursando dichos estudios) en la recolección/producción de datos primarios, ya sean cuantitativos o cualitativos. Las ventajas de esta práctica son evidentes respecto a las facilidades que ofrecen para acceder a los menores: se trata de grupos localizados en el tiempo y el espacio, permite acceder a algún tipo de listado de los que extraer a los sujetos seleccionados y facilita la obtención de los permisos paternos para acceder a los menores si éstos “cuentan con que el proceso es supervisado por las autoridades a cuyo cargo están estos grupos”.

5. En los estudios cuantitativos esta circunstancia se manifiesta en el predominio en los muestreos probabilísticos por conglomerados, que en alguna de sus fases se corresponde con los centros educativos, en los cuales los adolescentes -las unidades muestrales últimas- están agrupados de manera natural. Al contrario de lo que sucede con los estratos, en el muestreo por conglomerados se busca heterogeneidad al interior de los estratos y homogeneidad entre los mismos. Los colegios cumplen este requisito en la medida que aglutinan alumnos y alumnas de diversas edades dentro del intervalo de edad objeto de nuestro estudio. Por su parte, la disparidad relativa al estatus socioeconómico se solventa estratificando por titularidad del centro, público y privado-concertado.

6. La selección de los colegios como unidades de muestreo primarias y no directamente a los individuos aporta notables ventajas en el proceso de selección de la muestra, disminuyendo los costes y el tiempo de ejecución del trabajo de campo. Los muestreos por conglomerados facilitan la elaboración del marco muestral porque permite el acceso a nuestra población objeto de estudio sin la necesidad de obtener un listado general de todos los niños de esas edades (listado que probablemente ni siquiera exista); basta con tener un listado de todos los centros educativos que cubren esa franja de edad del cual se seleccionarán los que formarán parte de la muestra.

Otra de las virtudes de este modelo de muestreo reside en que las muestras por conglomerados están concentradas frente a la dispersión de otros tipos de muestreo, por lo que simplifican el proceso de extracción de la muestra y disminuyen la necesidad de desplazamiento. Teniendo en cuenta que a esas edades los individuos ya poseen una capacidad lectora-comprensiva adecuada para cumplimentar el cuestionario sin la ayuda de un adulto, en estas investigaciones resulta habitual hacer uso del cuestionario auto administrado, ya sea impreso o vía telemática, permitiendo que un grupo amplio de adolescentes cumplimenten el cuestionario

simultáneamente en el aula con el asesoramiento de un entrevistador adiestrado; lo que permite, aún más, reducir el tiempo de ejecución y los costes asociados.

7. Por el contrario, este tipo de muestreo tiene el inconveniente de aumentar el error muestral con respecto aun muestreo aleatorio simple para un tamaño dado de la muestra, debido a lo que Kish llama “efecto del diseño”, que relaciona la varianza del conglomerado con la del muestreo aleatorio simple. Para disminuir el error muestral conviene ampliar el número de conglomerados (centros educativos) en la primera fase del muestreo, consiguiendo así disminuir la varianza entre conglomerados.

El recurso a la estratificación por Comunidades Autónomas, titularidad del centro y niveles educativos también generarán un aumento de la precisión para la estimación global, compensando los posibles incrementos en el error estándar del muestreo por conglomerados. Pues “al dividir una población heterogénea en estratos homogéneos, el muestreo en estos estratos tiene poco error debido precisamente a la homogeneidad. El error total derivado del muestro en todos los estratos se observa que es menor que en el caso de no estratificar la población”. En efecto, la disminución en el error muestral del muestreo estratificado frente al muestreo aleatorio simple, y la correspondiente ganancia en precisión, ha sido ampliamente tratada en la literatura sobre el tema.

Finalmente, se ha visto el crecimiento en el número de estudios sobre este tema en España, que están en sintonía, desde un punto de vista metodológico, con lo que realiza en la esfera internacional. También, en nuestro trabajo, se ha apostado por la necesidad de tratar esta cuestión con criterios alejados de una visión negativa de la tecnología, evitando además un planteamiento estrictamente “adulto- céntrico” que impida, en determinadas cuestiones, advertir certeramente los fenómenos que estamos estudiando.

# © Vida salesiana

## *La existencia soldada, ¡Qué importante!*

**Carlos Rey<sup>2</sup>**

A la señora se le rompió el collar. Las perlititas, de tamaños y colores diversos, tintinearón al caer al suelo y se esparcieron por la sala. Varios de los presentes recogimos las que pudimos y se las devolvimos a su afligida dueña. Pero aquel montón de perlititas ya no era su maravilloso collar.

¡Sencilla y preciosa imagen de una vida! Unidas por un frágil hilito, aquellas perlititas, grandes o pequeñas, hermosas o no, formaban una unidad especialmente bella y armoniosa. Sin él, aquel carísimo collar ya no era tal, sino un montón de bolitas, nada más.

Hay vidas muy valiosas y bellas en su conjunto. Hay otras que son un amontonado de realizaciones, puede que muy meritorias, pero sin unidad.

¡Hay tantas formas de referirnos a una persona! Unas veces lo hacemos recorriendo las *etapas de su vida o los lugares por donde pasó*; otras recordando *lo que hizo*: los cargos que ocupó, las responsabilidades que asumió o las metas que alcanzó; a veces destacamos *sus capacidades, cualidades o méritos...* Son formas primarias de conocimiento en las que predomina lo más visible, exterior y fácil de conocer, sin ir más a fondo ni pensar siquiera en qué es lo que da unidad a la persona por dentro.

Hay personajes que definimos por *lo que encarnan y creemos que mejor les caracteriza*: el deporte, la ciencia, la entrega, el amor, la santidad... Es un modo parcial de conocer, que absolutiza lo más llamativo y espectacular. Tampoco aquí vamos muy lejos.

Solemos superar este nivel al hablar de las personas que nos ha ayudado, con quienes hemos convivido, que nos han o hemos amado. En estos casos valoramos, por encima de todo lo demás, *el significado que han tenido, o todavía tienen, para nosotros*. Es un conocimiento más hondo, que da cierta unidad a la persona; pero desde nosotros, no desde ella misma.

Todas estas formas de conocer tienen en común que captan algunas perlititas del otro, pero no la belleza y armonía del conjunto de su persona. Perciben algo, pero no lo

---

<sup>2</sup> Texto inédito para Forum.com.

esencial suyo: el eje que, a modo de hilito, une e integra todas sus perlititas, las que vemos y las que no. Es suficiente para nuestro consumo, pero nos perdemos lo mejor: la guinda.

Y en cuanto a nosotros. ¿Nos conocemos a cierto nivel de hondura? ¿Sabemos quién somos y qué nos define y nos hace ser persona?

Recordamos un montón de fechas, lugares, sucesos, cargos, tareas, triunfos y fracasos, alegrías y penas, expectativas y frustraciones. *Nos sirve para funcionar, pero no para vivir a fondo, tener y dar vida.* Hemos sido significativos para otros, que nos deben mucho, nos recuerdan y aprecian... *Satisface, pero no llena; alegre, pero no da sentido.*

En toda vida humana hay un eje, o más de uno, en torno al cual se ha organizado el propio vivir. Es aquello con lo que hemos sufrido y gozado. Permanece como hilo conductor y a él se vuelve en los momentos difíciles, porque orienta la esperanza y da sentido. ¡Es tan importante conocerlo!

A nivel humano natural, puede ser *EL TRABAJO*: has vivido en función de él; *LA DEPENDENCIA AFECTIVA*: pendiente siempre del “qué dirán” o de hacer lo que decían que debías; *LA CAUSA SOCIAL*: fuiste sensible a ella y le has entregado tu vida; *LA AFECTIVIDAD*: encontraste a alguien y has vivido para amarle; *EL ORDEN RELIGIOSO-MORAL*: te atrajo un modo de vida y has buscado la perfección en él; *LA AUTORREALIZACIÓN*: querías desarrollar tu potencial, ser auténtico, libre, veraz...; *DIOS*: tuviste una conversión o conociste a un hombre de Dios y centraste tu vida en amar a Dios.

Este eje, real y muy válido, puede adquirir mayor hondura. Sucede cuando se combina la propia experiencia vital con el don de Dios. Es compatible con el anterior, pero va más allá.

*JOB*, en medio de su desgracia, soledad y sin sentido, expresa una certeza que le sostiene: “yo sé que mi defensor (Dios) está vivo, que se alzaré sobre el polvo y le volveré a ver” (Jb 19,25-26).

*QOHÉLET*, después de ser rey, observar los afanes del ser humano, probar de todo, emprender grandes obras y buscar la sabiduría, lo tiene claro: “todo es vanidad e intentar dar caza al viento” (Qo 2,11), pero la felicidad de “comer, beber y gozar del bienestar fruto del propio trabajo, es don de Dios” (Qo 2,24.3,11-13).

*EL SALMISTA* no duda: “somos hierba que florece por la mañana y se seca por la tarde; la mayor parte de los años son fatiga inútil, porque pasan aprisa y vuelan” (Sl 89, 6.10), pero “tu palabra, Señor, permanece siempre, es más estable que los mismos cielos” (Sl 118, 89). “¡Qué incomparables son tus designios, Dios mío, qué inmenso es su conjunto!” (Sal 138, 7.14).

JOSÉ lee sus desgracias como camino de Dios: “fue Dios quien me envió delante de vosotros (sus hermanos) para salvar vuestras vidas” (Gn 45,5-8).

A ZACARÍAS le sostiene la fidelidad de Dios, que “ha suscitado un salvador, como lo había anunciado desde antiguo” (Lc 1,69); a María que Dios se “fijó en mi pequeñez para hacer grandes cosas por mí” (Lc 1,48-49).

JESÚS tiene muy claro su eje: “no he bajado del cielo para hacer mi voluntad, sino la del que me ha enviado” (Jn 6,38), y proclama cuál debe ser el del discípulo: “el Reino, que es como un tesoro escondido en el campo. Quien lo encuentra lo deja oculto y, lleno de alegría va, vende todo y compra aquel campo” (Mt 13,44); “buscar el Reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura” (Mt 6,33). Pedro lo ha descubierto: “Señor, ¿a quién iremos? Solo tú tienes palabras de vida eterna” (Jn 6,68).

Hilito frágil y casi invisible, pero esencial. No es lo mismo una vida como amontonado de sucesos, vivencias y experiencias, que una vida soldada en torno a un centro vital que le da unidad, valor, belleza, sentido y armonía. La vida no unificada no tiene suelo propio, cansa, desencanta, suena a fracaso y carece de horizonte; la vida unificada, por el contrario, tiene suelo propio y da frutos abundantes de paz interior, alegría, libertad, confianza, agradecimiento humilde... Puede que permanezca oculto, pero este hilito, cuando existe, hace que la vida sea ¡otra cosa!

¿Y Don Bosco? ¿Cuál es su eje? Lo refleja en lo que nos cuenta:

*EL SUEÑO DE LOS NUEVE AÑOS* es un relato vocacional. Compararlo con el episodio de la zarza ardiendo de Moisés (Ex 3) o la Anunciación de María (Lc 1,26-38), arroja luces insospechadas. Lo haremos algún día.

En medio de un contexto de conflicto y frustración, por no poder estudiar, Juanito pasa por *la experiencia, tan humana, de no saber ni poder*: “repliqué que yo era un niño pobre, ignorante e incapaz”, y se siente “aturdido, espantado e incapaz de comprender, hasta el punto de llorar”. Pues bien, en este contexto de límite recibe un doble don alguien que *le guíe y enseñe, María, y la promesa* de que “a su tiempo comprenderá todo”.

EL SUEÑO DE LOS 29 AÑOS se da al salir del Convitto, cuando Bosco ve peligrar el futuro de su incipiente obra: “la incertidumbre del lugar, de los medios y personas me mantenía realmente preocupado” (MO 97).

En este contexto, amargo, pasa por la misma experiencia anterior *del propio límite y de ser sostenido y guiado*: “quería huir, pero la pastorcilla me indicó que siguiera”; “agotado de cansancio, busqué sentarme, pero la ella me invitó a seguir adelante”; “quería marcharme de allí, pero la pastora me sugirió mirar hacia el mediodía”; “quise preguntar”, pero ella añadió: “lo comprenderás todo cuando lo veas realizado” (MO 97-99). Como el sueño abarca el periodo entre su salida del Convitto

(10-1844) y la consagración del Templo de María Auxiliadora (9-6-1868), también de esto hablaremos algún día, es reflejo de su propia experiencia vital en estos casi 24 años.

*LAS MEMORIAS DEL ORATORIO:* Don Bosco las escribe entre 1873 y 1875 (con 58-60 años). En ellas, y a posteriori, nos da “a conocer cómo Dios mismo guió siempre todos los sucesos” (MO 5). Lo hace desgranando hechos en los que su propio límite e incapacidad no fue obstáculo para la acción de Dios en él y a través de él. Como María, constata que Dios se “fijó en su pequeñez para hacer grandes cosas por él”, y así lo afirma: “¡Cuán maravillosos son los designios de la divina Providencia! Dios sacó de su tierra a un pobre niño para colocarlo entre los primeros de su pueblo” (MO 82).

¿Cuál es el eje de Don Bosco, según estas tres referencias? Es doble: la experiencia del propio límite, de no saber y no poder, y el poder y soberanía de Dios, para quien esto no es obstáculo ni impedimento.

Nada más por hoy. ¡No es poco!

# 🎯 Pastoral juvenil

## *Jóvenes: ciudadanos en la Iglesia, cristianos en el mundo*

**José Luis Moral de la Parte**

Don Bosco compendia de la siguiente forma su «sistema educativo preventivo»: “Hacer aquel poco de bien que pueda a los jóvenes [...] empleando todas mis fuerzas para que lleguen a ser buenos cristianos en referencia a la religión y honrados ciudadanos por lo que toda a la sociedad civil”<sup>3</sup>.

Aldo Giraudó, en el estudio que introduce las tres «vidas de jóvenes» escritas por Don Bosco, afirma inicialmente que ellas contienen “los elementos esenciales para comprender el corazón del mensaje educativo”<sup>4</sup> del fundador de los salesianos; las palabras finales, en cambio, tienen otro tono: “[Estas tres narraciones] son la expresión de una propuesta formativa, de una metodología educativa y de una espiritualidad que nos resultan muy alejadas del mundo juvenil actual, pero que sentimos como importantes: son lejanas por el salto temporal y cultural, por la desaparición de aquella tensión moral e ideal que caracterizaba la juventud del siglo XIX; sin embargo, perduran por la fuerza carismática y profética que contienen, por los estímulos que albergan, por la saludable convulsión que pueden suscitar en nuestra conciencia de educadores”<sup>5</sup>.

Concentrándonos en el tema de la pastoral juvenil y de la educación en el ámbito salesiano, difícil expresar mejor esa especie de malestar agudo e inconcreto, ese no sentirnos a gusto o no encontrar un modo adecuado de compaginar «lo importante» con «lo de hoy».

En teoría somos capaces de admitir que entre el tiempo de Don Bosco y el nuestro media un cambio radical de paradigma o del modelo explicativo general de la vida y de la historia. De resultas, se nos pide una renovación del mismo calibre o, si se quiere, una verdadera *revolución*, pero –en la práctica– sólo estamos dispuestos a la *acomodación* (eso sí, las ocasiones para pensar –este o el otro aniversario, aquella

---

<sup>3</sup> G. BOSCO, *Memorie dell’Oratorio di S. Francesco di Sales dal 1815 al 1885 (introduzione, note e testo critico a cura di A. da Silva Ferreira)*, LAS, Roma 1991, 199s.

<sup>4</sup> A. GIRAUDO, *Maestri e discepoli in azione («Introduzione»)*, en: G. BOSCO, *Vite di Giovani. Le biografie di Domenico Savio, Michele Magone e Francesco Besucco*, LAS, Roma 2012, 5-36 (aquí p. 5).

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 31.

intervención o tal acontecimiento, etc.– se multiplican, aconsejándonos más y más acomodaciones; sin que deje igualmente de aumentar, por desgracia, «ese malestar»... y casi nos vamos poco a poco convenciendo de que «somos de otro tiempo»).

En consecuencia, no se trata de acomodar sino de «re-pensar» (¡todo!) con los nuevos marcos de referencia antro-po-teológicos, en particular, o culturales, en general. Algo así intento en las páginas que siguen –examinando en especial los «modelos de vida y espiritualidad» propuestos por Don Bosco en las tres biografías de jóvenes que escribió (*Domingo Savio, Miguel Magone, Francisco Besuco*)–, con los límites que comporta hacerlo en un artículo breve, esto es, obligado a generalizar y simplificar o sintetizar –demasiado en no pocas ocasiones–, en fin, a ejemplificar con una selección de aspectos que siempre resultará más o menos arbitraria. No sobra añadir que, de algún modo, el título recapitula con cierto aire provocador la transformación necesaria: el paso de una *sencilla pedagogía práctica* del «buenos cristianos y horados ciudadanos» a la *clave educativa* del «ciudadanos en la Iglesia y cristianos en el mundo».

## 1. Repensar la espiritualidad<sup>6</sup>

Todos los miembros de la Familia Salesiana configuran su identidad cristiana con los rasgos particulares a través de los cuales la encarnó Don Bosco. En este sentido, hablamos precisamente de «espíritu salesiano» como un modo propio de ser cristianos. Esto es, los rasgos comunes del seguimiento de Jesucristo adquieren en nosotros la forma –son *informados* o se forman– que les infundió aquél de quien «deriva un vasto movimiento de personas que [...] trabajan por la salvación de la juventud» (Const. SDB, 5).

Por tanto, si queremos ser cristianos y cristianas capaces de aportar a los jóvenes, a los hombres y mujeres del siglo XXI, *algún* sentido distinto y valioso para la vida, además de asentar nuestra existencia en el Dios manifestado en Jesús de Nazaret, tenemos que volver los ojos a Don Bosco. Ni que decir tiene –gracias a Dios y al Concilio Vaticano II ya resulta algo obvio– que esa mirada comporta la obligación de *releer y repensar* o traducir a nuestro tiempo la configuración cristiana que propuso Don Bosco en el suyo.

### 1.1. Vida, religión y espiritualidad

La radicalidad del *repensamiento*, en este aspecto de la espiritualidad, pasa por recuperar el sentido mismo de la palabra. Puede resultar tópico, pero es demasiado el tiempo a través del cual el vocablo (y la vida cristiana, porque ¡los tópicos funcionan!) se ha cargado con un pesado fardo de dualismos (*espiritualistas*) que no puede por menos que todavía lastrar su significado. El peligro sigue estando en

---

<sup>6</sup> He estudiado ampliamente el tema en otras publicaciones: cf., por ejemplo, J.L. MORAL, *Ciudadanos y cristianos*, San Pablo, Madrid 2007, 533-631; ID., *¿Jóvenes sin fe? Manual de primeros auxilios para reconstruir con los jóvenes la fe y la religión*, PPC, Madrid 2007, 153-226.

pensarla más en relación con la religión que con la vida. Claro está que cuando tratamos de unir vida y espiritualidad nos asaltan por todas partes los problemas, nos encontramos con más preguntas que respuestas; en cambio, parece que la religión nos aclara el asunto, aunque enseguida descubrimos que, en general, sus justificaciones no convencen a los jóvenes ni, también en general, a una buena parte de las mujeres y hombres contemporáneos.

He ahí el resultado de cuanto he denominado «cambio radical de paradigma» –léase: autonomía, historicidad, libertad, secularidad, laicidad, democracia, descubrimientos científicos y revoluciones tecnológicas–. De resultas, en principio, sentimos que «en ninguna época se ha sabido tanto y tan diverso con respecto al ser humano como en la nuestra y, sin embargo, en ningún tiempo se ha sabido menos acerca de lo que el hombre es. En ninguna época el ser humano se ha hecho tan problemático para sí mismo como en la actual» (M. Heidegger).

Por eso, llevan la razón quienes afirman que hoy existe una particular necesidad y urgencia de personas profundamente espirituales.

Es de suponer que tal diagnóstico obedece a un razonamiento del estilo siguiente. Todo ser humano debe enfrentarse con la realidad –interpretar su existencia y cuanto le rodea, tomar posturas, etc.– y, por eso mismo (por ser capaz de conocer, nombrar, comprender, «conferir sentido», optar...), tiene una «vida espiritual» en el sentido más elemental del término (inteligencia con capacidad de ir más allá de las meras determinaciones materiales): sea más o menos consciente, lo quiera o no, está abocado a confrontarse con la vida. Todo ser humano, por el simple hecho de serlo, es espiritual: éste es justamente el primer y esencial significado de la espiritualidad. De ahí, dicho con las atinadas expresiones de J. Sobrino: “*Vida espiritual* es, por tanto, una tautología, pues todo ser humano vive su vida con espíritu. Otra cosa es, por supuesto, cuál es el espíritu con que vive [...]. La vida espiritual no es algo regional, y menos en oposición a otro tipo de vida «material» [...]. Esto, además lo prohíbe la misma revelación de Dios, según la cual el mismo Dios se ha hecho presente y se ha atado definitivamente a lo material de la carne de Jesús y a lo material de la historia y de sus hijos privilegiados, los pobres. *Espiritualidad es más bien el espíritu con que se afronta lo real, la historia en que vivimos con toda su complejidad*”<sup>7</sup>.

«Personas profundamente espirituales», entonces, querría significar que, hallándonos ante un grave problema antropológico-cultural –para el que no sirven respuestas prefabricadas de otros tiempos–, se necesitan personas que lo afronten «con espíritu», al estilo de Jesús de Nazaret y de Don Bosco<sup>8</sup>.

---

<sup>7</sup> J. SOBRINO, «Espiritualidad y seguimiento de Jesús», en: I. ELLACURÍA–J. SOBRINO (Eds.), *Mysterium liberationis* I, Trotta, Madrid 1990, 452s.

<sup>8</sup> Este sucinto esbozo de la espiritualidad debería completarse significando, al menos, algunas implicaciones fundamentales: ser «honrados con la realidad», reconocer la «espiritualidad fundamental» y, en fin, asumir la «espiritualidad especial (o particular)», respetando los dos

## 1.2. Estilo de vida y religión

Nos equivocáramos si simplemente asimiláramos la espiritualidad a «ser más religiosos». Don Bosco, hijo de otra cultura, podía pensar la religión o, mejor dicho, la religiosidad como “centro vital y unificador del proceso formativo”<sup>9</sup>. En nuestro caso, harían falta demasiadas explicaciones para mantener tal cual la afirmación, por lo que seguramente es mejor sustituirla, por ejemplo, con algo semejante al «estilo de vida».

En efecto, la modernidad –frente a modelos de ser–vivir fundados en la esencia, en doctrinas o dogmas– ha introducido el *estilo de vida* como emblema del *modo de habitar el mundo* o del espíritu con el que cada cual vive.

Jesús, el Cristo, no escribió nada: ¿cómo interpretar el paso desde la inexistencia de escritos propios a la novedad de la escritura neotestamentaria y a la constitución de las comunidades cristianas? La respuesta, opina Ch. Theobald, la encontramos en el «estilo de vida», en el tipo de relación que el Nazareno instauro con quienes se encuentra. Estilo que podríamos definir como «hospitalidad en la vida cotidiana»: la fecundidad de las relaciones de Jesús radica en ese tipo de hospitalidad absolutamente único que comporta «desposeerse de sí mismo» a favor de los demás<sup>10</sup>.

A nadie se le escapará la razón del ejemplo: justamente esa hospitalidad constituye un retrato sin igual, con los tonos –religiosos– de su tiempo, del estilo con el cual quiso vivir Don Bosco. Sería una pena que la tonalidad religiosa de la época terminara hoy por oscurecer la clave de su «estilo de vida» a favor de los jóvenes.

## 2. Repensar las «relaciones»

El concilio Vaticano II y la reflexión teológica posterior permiten afirmar las ideas precedentes, imposibles para Don Bosco y su tiempo. En términos más precisos, ahora sabemos muy bien que en la encarnación “está el centro de la realidad desde la que vivimos los cristianos y en la que creemos”<sup>11</sup>.

Y si el horizonte teológico anda por ahí, el antropológico actual no es menos diverso del existente en la época del santo de «I Becchi». Sin embargo, la originalidad intuitiva y creativa de Don Bosco le consintió, por un lado, superar en cierto modo la estrechez teológica del siglo XIX y, por otro, el esencialismo abstracto de la antropología de entonces. Los dos aspectos, a base tanto de un sano realismo como de una sencillez práctica a la hora de crear la «comunidad educativa» y de relacionarse con los jóvenes.

---

elementos precedentes.

<sup>9</sup> A. GIRAUDO, *Maestri e discepoli in azione*, o.c., p. 5.

<sup>10</sup> Cf. CH. THEOBALD, *Il cristianesimo come stile* (2 vols.), EDB, Bologna 2009, en particular el vol. I, pp. 46-115.

<sup>11</sup> K. RAHNER, *Curso fundamental sobre la fe*, Herder, Barcelona 1989, 254.

Fue así como pudo entrever una de las conclusiones centrales de las ciencias humanas, o sea –y con palabras de P. Freire–, que “es fundamental partir de la idea de que el hombre es un ser de relaciones y no sólo de contactos; no sólo está en el mundo, sino con el mundo”<sup>12</sup>. Más que una definición metafísica u ontológica, son las relaciones que cada uno tiene consigo mismo, con los otros (con el «Otro») y con las cosas, las que vienen a indicarnos el verdadero rostro de los seres humanos. Las relaciones son primordiales en la vida puesto que, en definitiva, nos constituimos y nos construimos como personas, por así expresarlo, en las relaciones que establecemos, a través de las cuales hilvanamos los elementos esenciales de la identidad. El desarrollo vital humano depende del crecimiento ligado a las relaciones que instauramos con la realidad, al cómo la afrontamos, al modo en el que nos afectan aquellas referencias visibles y conscientes con las que tejemos libremente nuestra existencia o a las otras ocultas y hasta inconscientes.

Todo hay que decirlo –en particular, si queremos evitar esa especie de «docetismo histórico» que ve a Don Bosco cubierto de «sobrenaturalismo»–: en cualquier caso, partía desde una posición tendencialmente conservadora, con una teología y una antropología dualistas, susceptibles de teñir de moralismo el entero edificio educativo; dependía de la «mentalidad adultista» del momento, con la que en teoría se determinaba la vida de los jóvenes («personas por hacer»); por último, no se preocupa de dar un puesto adecuado ni de prestar la atención que se merece al tema de la justicia y, en general, de las *cuestiones* sociales y políticas<sup>15</sup>.

## 2.1. El «estilo educativo»

No obstante, aunque Don Bosco sea más bien conservador, sirvan las expresiones, y su proyecto de persona y de sociedad fuera, por así decirlo, el proyecto del catecismo, esto es, «conocer a Dios, amarlo, servirlo en esta vida y por este medio ir a gozarlo por siempre en la otra», su fe en Dios y el seguimiento de Jesucristo –por un lado– y su pasión educativa y espíritu resolutivo –por otro–, le permitieron superar estos y otros innegables límites ideológicos.

En resumidas cuentas, el fundador de los Salesianos dio vida a un «estilo educativo» que propone a los jóvenes un manera concreta de afrontar la realidad o, mejor aún, un modo para «vivir con espíritu», para encarar las vicisitudes propias de la juventud. Tal *estilo*, como no podía ser menos, conforma una propuesta radicada en la historia: no es actual automáticamente, sólo lo será en tanto que actualizado. Pero hay más: ese estilo educativo, por una parte, «es» una persona y una práctica, se identifica eminentemente con Don Bosco (y sus primeros colaboradores): su figura,

---

<sup>12</sup> P. FREIRE, *La educación como práctica de la libertad*, Siglo XXI, Madrid 1967, 53.

<sup>15</sup> Es poco menos que imposible, en un artículo breve, justificar cada una de las afirmaciones: cf. P. BRAIDO ET AL., *Don Bosco educatore. Scritti e testimonianze*, LAS, Roma 31977; P. STELLA, *Don Bosco nella storia della religione cattolica* (3 vol.), LAS, Roma 1979-1988; P. BRAIDO, *Prevenire, non reprimere. Il sistema educativo di Don Bosco*, LAS, Roma 2000; F. MOTTO, *Un sistema educativo sempre attuale*, LDC, Leumann (To) 2000; C. NANNI, *Il Sistema Preventivo di Don Bosco. Prove di rilettura per l'oggi*, LDC, Leumann (To) 2003.

su metodología e instituciones deben ser colocadas en el contexto social, político, teológico y educativo de la época; por otra, es más un «estilo operativo» que un «sistema educativo». Cuando hablamos de «sistema» (*preventivo*) hemos de entender que la palabra viene a significar uso o manera familiar, comportamiento o regla de conducta, en definitiva, un conjunto de modos de hacer habituales y derivados de la aplicación de principios religiosos y éticos, rigurosa y constantemente empleados.

Desde luego, la propuesta espiritual y pedagógica de Don Bosco se construye sobre cimientos de fe religiosa y pasión educativa, a la par que como respuesta a las necesidades de los jóvenes más necesitados de su tiempo.

Dicho lo dicho, hago un breve repaso de las «vidas de jóvenes» escritas por Don Bosco tratando de recoger dos datos esenciales:

- 1/ Algunas claves de su mensaje educativo;
- 2/ Propuestas específicas o itinerarios formativos para los jóvenes.

Ambos aspectos permitirán evidenciar ciertas pistas para repensar y *traducir* (de las que me ocuparé en los puntos sucesivos).

Afirma con razón A. Giraud, entro en el primer dato, que esos tres libros escritos por Don Bosco contienen «los elementos esenciales para comprender y acceder al corazón del mensaje educativo» del santo: “la religiosidad como centro unificador y vitalizador del camino formativo; la comunión de vida paterna y fraterna del educador con los alumnos; el cruce dinámico de amor, alegría y compromiso; la eficacia de la implicación activa de los jóvenes en la comunidad; la importancia estratégica de los espacios que se les ofrecen para su protagonismo”<sup>14</sup>.

Siendo fundamentalmente biografías, constituyen al mismo tiempo un documento autobiográfico de inestimable valor, pues “permiten observar al Don Bosco educador–cristiano en acción; nos introducen en sus esquemas mentales y en sus vicisitudes; nos ponen en contacto con sus aspiraciones interiores; desvelan una mirada de sorpresa, afectuosa a la par que muy respetuosa, dirigida a los jóvenes...”<sup>15</sup>

Los itinerarios o, mejor dicho, las propuestas formativas que nos sugieren estas vidas –paso al segundo aspecto– se orientan en tres direcciones: Don Bosco propone tres modelos con los que abarcar la diversidad de los jóvenes de entonces.

La *vida de Domingo Savio* nos presenta la existencia de un joven maravilloso, lleno de virtudes: un modelo de vida excelente que, sin embargo, todos pueden imitar en alguno de sus aspectos (por ejemplo, «en la frecuencia del sacramento de la confesión»).

---

<sup>14</sup> A. GIRAUDO, *Maestri e discepoli in azione...*, o.c., p. 5.

<sup>15</sup> *Ibid.* p. 6.

La *vida de Miguel Magone* va más allá de los «aspectos a imitar» para adentrarnos en la «dinámica –personal y profunda– del escuchar y responder»: frente al abismo del «mal camino», el protagonista siente la llamada del Señor y, dócil a su gracia, rechaza el mal y se transforma.

La *vida de Francisco Besuco* ejemplifica la normalidad y la cotidianidad del «padre que habla de un hijo, al que ama con ternura, dando rienda suelta a sus afectos paternos» para instruir a los lectores «en la práctica de las virtudes».

Todas las narraciones coinciden en la presentación del mismo modelo educativo, basado en el encuentro, la relación y el diálogo amistosos; la acogida incondicional, primero, y la «conversación educativa», después, se ven poco a poco arropadas por la confianza y conducen tanto al conocimiento mutuo entre educadores y jóvenes, como a la propuesta de itinerarios educativos.

Las tres vidas, en fin, se cierran con la invitación a estar atentos y preparados para una buena muerte.

## **2.2. Utopía y profecía: Reino y acogida incondicional**

Los últimos y escuálidos sumarios de los párrafos precedentes sobre cada una de las vidas, lo sé bien, no hacen justicia ni a los textos de Don Bosco ni, sobre todo, a la originalidad de su proyecto educativo; permiten, sin embargo, caer inmediatamente en la cuenta de la impracticabilidad actual de tales modelos. Entre el siglo XIX y el XXI, como ya he indicado, media un abismo que solo se puede salvar repensando todo a partir de las intuiciones creativas básicas de Don Bosco, más que recogiendo sugerencias concretas o tratando de integrar algunos consejos de ayer en los nuevos sistemas de hoy.

Antes de pasar al intento final de releer y repensar los modelos de vida joven de las biografías del santo piemontés, me detengo en la traducción de la identidad del educador por él encarnada.

La «espléndida armonía entre naturaleza y gracia», con la que las Constituciones de los Salesianos (art. 21) definen la personalidad de Don Bosco, le condujo –empleando categorías actuales– a considerar la relación educativa como un sacramento del encuentro con Dios; se podría afirmar, incluso, que el encuentro y la acogida incondicional de los jóvenes se transformó en su auténtico y *autentificador* encuentro con Dios. En consecuencia, dicha relación debe configurar el estilo de vida o el espíritu con el que cada salesiano afronta la realidad, es decir, un estilo que une profundamente la educación y la espiritualidad.

No sobra añadir que las implicaciones posteriores pasan por una «pedagogía de la confianza» y de la «alianza con los jóvenes»<sup>16</sup>; pero me interesa más que nada darle vueltas al asunto de la espiritualidad salesiana.

De entrada, sería posible repensar el estilo de vida o la espiritualidad de Don Bosco con dos claves actuales:

- 1/ La «utopía del Reino» como horizonte del «corazón salesiano»;
- 2/ La «acogida incondicional» como *método* y «profecía salesiana».

En cierto modo, ambos aspectos son nucleares en los inicios de la obra salesiana: la muerte, la salvación y el cielo, por un lado; por otro, el cariño impregnado de razón y religión, bases del «sistema preventivo»<sup>17</sup>.

La utopía cristiana puede muy bien identificarse con el Reino<sup>18</sup> y, unida a la profecía, apunta hacia una nueva forma de humanidad y libertad, realizada mediante procesos históricos de liberación que Dios culmina con la salvación. De ahí que los cristianos contemplemos la salvación como futuro de la liberación, y a esta última como el presente de la primera.

En este sentido, Don Bosco vivió apasionado por la «utopía del paraíso y de la sociedad cristiana», pero obviamente con el marco cultural, las categorías y conceptos de la época: un proyecto orientado a la formación de «buenos cristianos y honrados ciudadanos», futuros «habitantes para el cielo»<sup>19</sup>.

Las actitudes fundamentales de esta especie de «corazón utópico», a juicio de J.E. Vecchi, se traducen y resumen en las dos siguientes:

- 1/ La lectura del «da mihi animas» como entusiasmo por el Reino transformado en «arrojo apostólico»;

---

<sup>16</sup> Cf. X. THÉVENOT, *Una pedagogía de la confianza y la alianza*, en: J.M. PRELLEZO (ED.), *Educación con Don Bosco. Ensayos de pedagogía salesiana*, Ed. CCS, Madrid 1997.

<sup>17</sup> Se trata de un intento de traducción que ya he propuesto (cf. J.L. MORAL, *La «acogida incondicional» de los jóvenes, clave de crecimiento y maduración espiritual*, «Cuadernos de Formación Permanente» 5 (1999), 145-166), por lo que no hago más que esbozar el asunto.

<sup>18</sup> No hace al tema entrar en mayores detalles. El Vaticano II nos recuerda que “la espera de una tierra nueva no debe amortiguar, sino más bien avivar, la preocupación de perfeccionar esta tierra [...]. Los bienes de dignidad humana, de comunión fraterna y de libertad, todos esos frutos buenos de nuestra naturaleza y de nuestro esfuerzo, después de haberlos propagado por la tierra en el Espíritu del Señor y de acuerdo con su mandato, los volveremos a encontrar limpios de toda mancha, iluminados y transfigurados, cuando Cristo entregue el Reino al Padre” (GS 39). Al respecto, J.I. González Faus anota que, cuanto menos, resulta insólito que el Concilio, refiriéndose a lo que el hombre volverá a encontrar –limpio y transfigurado (que no *sustituido*)–, no hable de las llamadas «acciones religiosas» (desde las misas «oídas», por ejemplo, hasta las oraciones «rezadas», etc.), sino de algo que parecerá tan secular y laico como la dignidad humana, la fraternidad y la libertad (cf. J.I. GONZÁLEZ FAUS, *Proyecto de hermano. Visión creyente del hombre*, Sal Terrae, Santander 1987, 679-682).

<sup>19</sup> Cf. P. STELLA, *Don Bosco nella storia della religiosità cattolica. Mentalità religiosa e spiritualità* (voll. II), o.c., pp. 43-57; 162-204 y 275-357; P. BRAIDO, *Il progetto operativo di Don Bosco e l'utopia della società cristiana*, Quaderni di «Salesianum» (6), LAS, Roma 1982, pp. 7-12 y 18-28.

2/ El «trabajo y templanza» leídos como disponibilidad permanente a la causa del Reino<sup>20</sup>.

Si la utopía cristiana se identifica con el Reino, la profecía nace del contraste crítico producido entre su anuncio y una situación histórica determinada. En la experiencia de Don Bosco destaca sobremanera y con nitidez su dimensión profética, encarnada en un método para amar y restituir vida a los jóvenes. Diríamos, con nuestra mentalidad contemporánea: comprendió que no hay otro camino humanizador que el expresado en la capacidad de fiarse de la vida, de uno mismo, de los otros y, sobre todo, del «Otro». Al respecto, la vida en el «Oratorio» se asentaba sobre la confianza: dar confianza al joven para que éste, a su vez, la pusiera en el educador («ganar el corazón del joven»); todo a través de un clima de familia edificado sobre los cimientos de la fe.

«Acogida incondicional»: quizá sea la mejor traducción de esta profecía que ha tener el rostro concreto de cada educador<sup>21</sup>.

### 3. Ciudadanos y cristianos... ¡jóvenes!

A la vista de todo lo dicho, salta de inmediato una doble conclusión:

1/ Las intuiciones de Don Bosco, plasmadas en su estilo educativo, siguen siendo de plena actualidad;

2/ En cambio, su universo simbólico y marco conceptual, así como las bases antropológicas y teológicas, ya no son de recibo.

En circunstancias normales, el segundo aspecto invalidaría el primero, por ser habitual que las concepciones generales comporten una práctica dependiente de las mismas. El caso de Don Bosco es justamente excepcional: a pesar de la cultura y mentalidad de la época, fue tan maravillosa su relación con Dios y su preocupación por los jóvenes que las expresiones prácticas de ambas superaron las estrecheces teóricas del momento, ya sea pedagógicas o teológicas (nada extraño imaginar que, de no haberse preocupado tanto de la práctica, habría revolucionado las teorías).

Pues bien, por esa misma razón, nos maravilla todavía su capacidad para proponer y conseguir que los jóvenes de entonces se hicieran hasta santos; no nos cuadran, sin embargo, algunos conceptos generales y la relación entre ellos, por ejemplo: la centralidad de la religión y la religiosidad, más que del Evangelio y de la fe, o el mismo concepto de santidad, si hablamos del horizonte teológico; si del antropológico, sobre todo, el supuesto (educativo) de una definición del joven como «persona por hacer».

---

<sup>20</sup> J.E. VECCHI, *Il Sistema Preventivo esperienza di spiritualità*, en: AA.VV., *Il Sistema Preventivo verso il terzo millennio*, «Atti della XVIII Settimana di Spiritualità della Famiglia Salesiana», Roma, 1995, 224-229.

<sup>21</sup> Cf. P. BRAIDO ET AL., *Don Bosco educatore*, o.c., pp. 18ss.; X. THÉVENOT, *Una pedagogía de la confianza y la alianza*, o.c., 268-275.

Precisamente porque se trata de repensar las visiones globales que condicionan el estilo educativo de Don Bosco o, más en concreto, el modelo de vida que proponer a los jóvenes, la tarea no es indolora, ni fácil. De entrada, los jóvenes de ahora no son los de antes y, quizá, nosotros nos encontremos más preparados para las cuestiones prácticas que para las teóricas o, con las palabras iniciales del artículo, aceptamos la *acomodación* pero no la *revolución* o la renovación radical (tanto antropológica como teológica)<sup>22</sup>.

### 3.1. Más allá de enseñar: «educar-nos» con los jóvenes

Comienzo con la perspectiva de la *revolución antropológica*, para cerrar con una ejemplificación de la teológica.

El necesario cambio primordial que necesitamos, para realizar una traducción actual del estilo educativo y del modelo de vida propuesto por Don Bosco a los jóvenes, pasa por repensar la educación... no confundiéndonla, en principio, con modelar a las nuevas generaciones e inculcarlas nuestros mejores ideales. Hemos de revisar a fondo los conceptos de educación e instrucción, de construcción/comunicación y de enseñanza/transmisión, distinguirlos y hasta separarlos cuidadosamente, afirmando –por descontado– su complementariedad, pero desenmascarando la perniciosa confusión de entender la educación con la misma óptica de la instrucción.

P. Freire lo ha dejado claro: “Nadie educa a nadie, así como tampoco nadie se educa a sí mismo; los seres humanos se educan en comunión, mediatizados por el mundo”<sup>23</sup>. Nos educamos juntos «mediatizados por el mundo»: la realidad reclama nuestra relación con ella y es ahí donde nos jugamos todos el crecimiento y el desarrollo personal. En el fondo, es la realidad vivida la única que de verdad puede ser educadora. En definitiva, nos educamos juntos afrontando los desafíos de la vida colectiva; de ese modo, cada cual va construyendo, va creciendo como persona al descubrir, confirmar o reelaborar las relaciones implicadas en la realidad que envuelve nuestra existencia.

En semejante perspectiva, a la enseñanza o transmisión corresponde la instrucción: descifrar, catalogar y renovar los signos de cuanto conocemos; a la educación o construcción, en cambio, concierne la iniciación: comunicar y acercarnos –vacilantes– a los símbolos para descubrir las relaciones que esconden. La enseñanza conduce a aprender un lenguaje; la educación, por su parte, intenta que cada uno hable por sí mismo.

De resultas, por una parte, dejaremos de considerar a la juventud como «una realidad relativa», activando procesos de vida y no de simple preparación para la vida (futura); por otra, estableceremos una verdadera comunicación, sin quedarnos en la mera transmisión.

---

<sup>22</sup> He reflexionado sobre cuanto sigue (3.1/3.2) con mayor amplitud en otras publicaciones: cf., en particular, J.L. MORAL, *Jóvenes, religión e Iglesia*, Khaf, Madrid 2011, 93-359.

<sup>23</sup> P. FREIRE, *Pedagogía del oprimido*, Siglo XXI, Madrid 1992, 90.

La educación a la fe –cierro con un ejemplo referido a la *revolución teológica*– no equivale, entonces, a transmitir a los jóvenes una buena noticia bien estructurada que nosotros poseemos; consiste, más bien, en ir a su encuentro con la esperanza de poder descubrir con ellos, allí donde están (más que en nuestro terreno), en el corazón de su propia vida, las huellas del Resucitado que siempre nos precede (cf. Mc 16,5-7). Lo mismo que ayer a las mujeres que iban a la tumba, quizás hoy este mensaje «nos descoloque»: nosotros no aportamos un don del que los jóvenes carezcan; el Espíritu de Jesús resucitado ya ha sido derramado en todo corazón humano. Más que algo desconocido, somos portadores de una invitación a descubrir lo que ya secretamente está en lo más íntimo de cada uno. Quizá debamos habituarnos a una lectura más humilde del «camino de Emaús». «¿De qué habláis...?» (Lc 24,17): ésta debe ser la primera capacidad del evangelizador, o sea, entrar en conversación con los jóvenes de nuestro tiempo, interesarse por cuanto les interesa, hablar de las cosas comunes y dejarse interrogar por todo lo que atraviesa la cotidianidad de sus vidas. No existe educación a la fe sin esta actitud de diálogo amistoso acerca de todo cuanto constituye la existencia misma (¡bien lo sabía Don Bosco!). ¿Cuántas veces, un tanto desalentados, concluimos afirmando que los jóvenes se muestran cada vez más indiferentes al mensaje cristiano? ¿No seremos nosotros los indiferentes ante sus vidas?

### **3.2. Ciudadanos en la Iglesia, cristianos en el mundo**

Junto a la perspectiva indicada del «estilo de vida», debemos localizar un nuevo eje educativo y, en este preciso momento histórico, quizá se encuentre en la *idea de ciudadanía*: como punto de partida, ser ciudadanas y ciudadanos expresa fielmente aquello que nos permitirá ir haciéndonos lo que somos, esto es, indica con veracidad la realidad común que nos hace humanos. Es la humanización, sin duda, el mejor terreno para repensar las relaciones entre la fe y la vida, la cultura y el Evangelio.

La senda hodierna de «lo humano auténtico», lo repito, resulta especialmente complicada debido a los profundos cambios antropológicos –y teológicos– aún en curso. Con todo, si queremos que los jóvenes sintonicen con el estilo de vida de Jesús de Nazaret, es necesario que la comunidad eclesial sea un espacio donde el ciudadano democrático y cosmopolita se sienta a gusto, porque sólo de ese modo el cristiano resultará significativo para la sociedad contemporánea. De ahí que, dicho telegráficamente, necesitemos «educar-nos» con los jóvenes tratando de ser «ciudadanos en la Iglesia», con todas las consecuencias, y «cristianos en el mundo» (con toda la humildad del mundo).

## *Envejecimiento y salud relacional en comunidades religiosas*

**José Carlos Bermejo<sup>24</sup>**

Si algo es evidente en este momento histórico en relación a la vida consagrada, es que está envejeciendo, que la edad media aumenta y lo que parecía un fenómeno que pudiera ser una crisis temporal o local, tiene visos de ser una realidad de mayor envergadura. Algunos dirían que estamos ante un cambio *epocal*, nos encontramos en una nueva época en la que la presencia de la vida religiosa está aún por ver, naturalmente. Pero sin duda, en estas décadas somos mayores, muy mayores.

Ahora bien, ¿se puede vivir sanamente este proceso de envejecimiento al que asistimos en la vida religiosa? ¿Es necesariamente sinónimo envejecer de vivir desanimado, triste, angustiado por el futuro personal, comunitario e institucional?

Preguntémonos primero qué es la salud, pregunta que no es nueva, y demos una respuesta que pueda ser sugerente para mostrar la hipótesis de que es posible vivir sanamente el envejecimiento.

### **1. La salud**

Cada vez se habla más de salud integral, de salud holística. Parece que cada vez somos más conscientes de que la salud no se reduce a algo puramente biológico, sino que afecta a toda la persona. Por eso todas las intervenciones en salud hablan de un enfoque holístico, global, integral.

Quienes pensamos con frecuencia en términos de humanización creemos, entre otras cosas, que humanizar es generar salud holística.

La palabra “holístico” no está en el diccionario de la Real Academia de la Lengua. Proviene del griego: “holos”, todo, entero, total, completo, y suele usarse como sinónimo de “integral”. Acompañar, cuidar en sentido holístico significa considerar a las personas en todas sus dimensiones, es decir en la dimensión física, intelectual, social, emocional y espiritual y religiosa. Pero también hacerlo desde un todo, desde

---

<sup>24</sup> Publicamos el capítulo primero de su libro *Envejecimiento en la vida religiosa*, Editorial Desclée de Brouwer, Bilbao 2013.

un ser personal (todo) el que cuida. En las relaciones de cuidado, un ser humano se encuentra con un ser humano, y ambos se hacen en el encuentro. Este es el planteamiento más habitual cuando se habla de holismo relacionado con la salud.

Ahora bien, nosotros queremos pensar la salud en sentido holístico, no solo las relaciones de cuidado. El concepto de salud que proponemos para un envejecimiento saludable no se conforma con considerarla como “estado de completo bienestar físico, mental y social, y no solo ausencia de enfermedad o dolencia”, (OMS- WHO, 1946), puesto que si bien esta definición tiene las ventajas de no reducir la salud a mera afección corporal y supera criterios exclusivamente somáticos y organicistas, descuida aspectos de la salud importantes, como presentaremos a continuación, y la reduce a un mero “estado”.

Pensar y vivir la salud en clave holística tiene que ver con la experiencia de la persona de armonía y responsabilidad en la gestión de la propia vida, de los propios recursos, de sus límites y disfunciones en cada una de las dimensiones de la persona ya citadas: física, intelectual, relacional, emocional y espiritual y religiosa.

Así, una persona está sana físicamente cuando al considerar su cuerpo lo cuida y lo trata más que como cuerpo animal; lo ve en su aspecto de corporeidad: el ser humano entero en el cuerpo, superando viejos dualismos que veían a éste como cárcel del alma y, en todo caso, con sus connotaciones negativas. El cuerpo humano, en efecto, evoca y vehicula la dimensión relacional. Se da salud física, pues, también con grandes límites en el cuerpo, como de hecho sucede cuando las personas sufren diferentes tipos de discapacidades o, como se prefiere decir hoy, cuando las personas tienen capacidades diferentes.

De la misma manera, queremos pensar la salud holística incluyendo el ámbito mental. La salud mental no es solo ausencia de patologías psíquicas, sino que la entendemos como apropiación de las cogniciones, ideas, teorías, paradigmas, modos de interpretar la realidad, libres de obsesiones y excesivas visiones cerradas y pretendidamente definitivas de las cosas y de la vida.

Igualmente, vivir en clave de salud holística comporta la salud relacional, salud en la dimensión social. Se dará salud relacional cuando se pueda decir que una persona se relaciona bien consigo misma porque experimenta un cierto equilibrio en la relación con su cuerpo, porque promueve el autocuidado, la belleza, la autoestima. Una persona vive sanamente su dimensión relacional cuando experimenta paz con su “ser tierra”, cuando se relaciona positivamente con toda la geografía humana física, cuando sabe disfrutar y tiene buena capacidad de posponer la gratificación.

A su vez, una persona vive sanamente las relaciones con los demás cuando éstas están impregnadas de buen uso de la mirada, cuando es capaz de experimentar ternura, equilibrio y vive el contacto corporal de manera personal y positiva. Una persona indica salud relacional cuando se reconoce interdependiente, no

exclusivamente independiente ni dependiente, sino que reconoce las diferentes interdependencias en los diferentes ámbitos de la vida.

Pero hablamos también de salud emocional y nos referimos a ella en el marco de la salud holística porque la dimensión emotiva es una más de las que consideramos. Hablamos de salud emocional como manejo responsable de los sentimientos, reconociéndolos, dándoles nombre, aceptándolos, integrándolos y aprovechando su energía al servicio de los valores. La persona sana emocionalmente controla sus sentimientos de manera asertiva, afirmativa.

Y vivir sanamente, en sentido holístico, significa también la salud espiritual, es decir, la conciencia de ser trascendente, el conocimiento de los propios valores y respeto de la diversidad de escalas, la gestión saludable de la pregunta por el sentido y la adhesión o no, libre, a una religión liberadora y humanizadora, que no genere fanatismos, esclavitudes, moralización, sentimientos de culpa morbosos, anestesia de lo humano...

En realidad, para hablar de salud holística, en cierto sentido, hay que ir contracorriente en relación a la mentalidad contemporánea, que va por el camino de la fragmentación y la super-especialización, así como de la exaltación de la salud en términos biologicistas.

Proponer un concepto de salud holística para el envejecimiento en la vida consagrada no tiene otro objetivo que contribuir a hacer que cada persona pueda hacer la mayor y la mejor experiencia de salud entendida en su integridad (Jn 10,10).

En este sentido, la responsabilidad de atenuar el sufrimiento personal y colectivo no queda a las meras leyes de la biología o del arte galeno, pues el sufrimiento es provocado por variables cognitivas, emocionales, sociales, que tienen mucho de personal y de estructural comunitario. Religiosos, religiosas, comunidades, Provincias, Instituciones, pueden vivir sanamente el proceso de envejecimiento y pueden vivirlo patológicamente, puesto que la clave salud no se relaciona solamente con la biología ni con la cantidad de años que se tienen.

Han surgido también algunas voces reclamando la conexión de la salud con el cuidado de la naturaleza, con el lugar que las mujeres ocupan en las organizaciones, así como voces que reconocen el influjo de la afectividad en el conocimiento: la emoción, el involucramiento apasionado en las relaciones interpersonales (diríamos empatía), para generar salud relacional. Voces que valoran particularmente lo efímero, lo accidental, el momento que pasa, la puesta de sol, la flor, la muerte. Porque efímero es todo. Y por eso se genera compromiso actual y trabajo por la justicia y la salud más allá de la mirada exclusiva al propio cuerpo.

En este sentido, la salud, cada vez más, podemos pensarla en términos de tarea, de reto para la condición humana y, por ende, para la vida consagrada. Podemos vivir sanamente la consagración y patológicamente. Podemos vivir sanamente el

envejecimiento de la vida consagrada y podemos vivirlo de manera que vaya cargado de un sufrimiento evitable.

Diríamos que también ahora, al atardecer de la vida, al atardecer de la vida consagrada en esta forma en que está siendo vivida en nuestras coordenadas históricas, es la hora también de la salud, de la salud como reto, y, por qué no pensarlo así, como experiencia biográfica que, vivida evangélicamente, se convierte en evangeliza dora.

## 2. Posibles “patologías relacionales” en un grupo humano

Como en todo grupo humano, en las comunidades religiosas podemos experimentar áreas de mejora en el campo de la salud. Desde hace algunos años, me gusta poner nombre a algunas realidades que percibo más o menos presentes en las comunidades cargadas de años, en las que podemos hacer experiencia de salud al envejecer y también de enfermedad relacional, emocional, espiritual...

Me referiré, por eso, a algunas posibles “patologías” que se convierten, a mi juicio, en retos para envejecer saludablemente:

- Encuentro, a veces, grupos o relaciones que, desde lejos, se ve que sufren una cierta “*anoxia del tejido relacional*”. La anoxia es la falta de oxígeno que viven algunos bebés en el proceso del nacimiento. Puede dejar severas secuelas en la persona. Pues bien, hay relaciones entre adultos, dentro de las comunidades, que gritan falta de oxígeno. Darían ganas de decir, al observar algunas de ellas: “¡que corra el aire!” porque se ve que sufren de falta de esa sana distancia, de esa sana interdependencia propia de la salud relacional. Son relaciones que a veces tienen sabor de infantiles, otras de excesiva dependencia recíproca, otras de excesivo control y reducción de la libertad personal y, otras, tienen sabor de exceso de vigilancia hasta de lo pequeño que el otro hace, dice, piensa. Esas relaciones de exceso de control no son saludables, les falta oxígeno.
- Encuentro a veces grupos o relaciones interpersonales que se diría fácilmente que sufren de “*miopía voluntaria*” o “*estrabismo voluntario*” (agendas ocultas). Sí, no faltan relaciones que sobre la mesa se dice que tienen unos objetivos e intereses (legítimos) y bajo mesa circulan otros objetivos e intereses ilegítimos, no explícitos, no consensuados, no beneficiosos para todos los implicados en la relación. Hay quien no ve voluntariamente lo que no quiere ver, es decir, posibles necesidades de los demás, posibles sentimientos que tiene y piden ser satisfechos mejor explícitamente, posibles objetivos compatibles con la propia identidad, pero que son ahogados por la falta de transparencia... No hay peor ciego... que el que no quiere ver, o quizás que el que ve solo lo que le interesa en la libertad que debería caracterizar una relación saludable.
- En los tiempos en que vivimos, percibo cada vez más una cierta *atrofia de la confrontación*. Se dice cada vez más que vivimos en una cultura individualista y que también esto caracteriza la vida comunitaria en las comunidades religiosas. No

corren buenos tiempos para la corrección fraterna, para la ayuda recíproca en las áreas de mejora. En otros momentos de nuestra historia pudimos exagerar, llegando incluso a formas de “acusar la culpa” con connotaciones de humillación. Hoy, en cambio, puede que estemos en el otro extremo, en el de la escasa corrección en el ejercicio de la corresponsabilidad de quien vive comunitariamente, y quizás de modo particular en el despliegue de los roles de los animadores (superiores) de las comunidades. Una crisis del rol de poder y un no desarrollo de habilidades de liderazgo carismático pueden dar paso a este escenario en el que nos perdemos la ayuda recíproca, tanto realizada individual como colectivamente.

- Percibo también en algunos grupos -a veces solo algunas personas dentro de un grupo- que padecen una clara *que- jorrea de repetición (lamentación contagiosa)*. La lamentación es legítima, es útil, puede ser uno de los ingredientes del dinamismo de la esperanza. Ahora bien, quien se instala en la lamentación, termina por perderse la salud relacio- nal. “¡Qué mal estamos, qué mayores somos, qué pocas vocaciones tenemos, ya no hay valores!”, combinado con venas nostálgicas que idealizan el “cualquier tiempo pasado fue mejor”, pueden dar paso a sabores grises en las relaciones. No faltan religiosos que parecen profetas de mal agüero, más que agentes del ministerio de la esperanza.

- Como en todo grupo humano, pero también en algunas comunidades religiosas, tenemos el peligro de instalarnos en una cierta *afasia controlada*, que lleva a algunas personas a cerrarse de manera patológica a la comunicación. A veces encontramos a quien dice que prefiere escuchar, o que no se puede hablar... y en ocasiones coincide con quien habla abundantemente en otros contextos y grupos. Se trata de quien está habitado o habitada por una forma de castigo relacional vehiculado por un silencio muy elocuente (no un silencio mudo y pacífico), que hiere a quien lo adopta y a quien vive alrededor.

- En este proceso de envejecer y de vivir menos cambios y menos sabia nueva encontramos también riesgos de dinamismos que podríamos llamar *vengancitis*. Viejas heridas llevan a algunas personas a no sanar mediante el perdón y vivir envenenados por el rencor, instalándose en una actitud que piensa del otro: “que se fastidie”, fruto de una actitud ética poco saludable para uno mismo y para los demás. Hay quien es capaz de vivir muriendo intensamente del veneno del rencor envejecido.

- No faltan relaciones insanas a causa de paradigmas de *chantaje emocional* dentro de los grupos de convivencia, con intentos de manipulación de la opinión ajena o, peor aún, de la coacción. Tampoco faltan aquellos dinamismos habitados por el *victimismo* en el que algunas personas se instalan a la vista de algún mal experimentado en el pasado. Quien se deja habitar por el rencor, vive envenenado y hace daño al prójimo. Es un mal que se alimenta a sí mismo y que se nutre de pequeños recuerdos hechos grandes dramas ante los cuales el orgullo impide el ejercicio de la humildad necesario para emprender dinámicas de perdón. Cuando

este mal habita en un grupo de convivencia de larga duración, puede engendrar gran sufrimiento en subgrupos, así como divisiones y sufrimientos evitables.

- Creo que un mal que vive en ciertas personas -y a veces grupos- es parte de lo que encierra el concepto de "*pecado original*". Nos hemos acostumbrado mucho a conjugar verbo de acción, de entrega, de compromiso con los demás, en clave incluso de no necesitar de ayuda, de mirarnos como buenos samaritanos, pero no identificarnos con el herido (en potencia más fácilmente provocador de la identificación). Carl Jung decía admirar a los cristianos por identificar a Cristo con el pobre y al pobre con Cristo y por afirmar que cuando se da pan al pobre se le da a Cristo mismo; pero a la vez se sorprendía de la dificultad observada en reconocerse a sí mismo como Jesús en los momentos de necesidad, cuando nos sentimos desnudos, extraños a nosotros mismos, cuando tenemos hambre de afecto y nos resistimos a reconocerlo.

- Hay personas también que sufren en los grupos religiosos una extraña forma de vinculación que no responde a la sana interdependencia y que podríamos decir que son relaciones de *co-dependencia*. Entre otras, se manifiestan cuando una persona se relaciona con otra dependiendo de la relación de dependencia. Es frecuente encontrar a un cuidador de otras personas mayores y dependientes que, en lugar de realizar el rol de cuidador sanamente, termina dependiendo del o de los dependientes a nivel psicológico, afectivo... Con frecuencia, la persona codependiente teme sentirse culpable si se separa de los demás, a los que atiende bajo apariencia de servicio solícito, pero teñido de culpa, expiación u otros dinamismos insanos.

- El síndrome conocido del *burn-out* estudiado especialmente en personas que cuidan profesionalmente a otras, se da también en algunos religiosos y religiosas mayores. Los hay, efectivamente, agotados emocionalmente, desmotivados, apáticos en sus relaciones interpersonales y de ayuda, con parámetros despersonalizantes en los vínculos, sin sensación gratificante de autorrealización en el despliegue de la propia identidad fraterna y de cuidados recíprocos. No es este un juicio moralizante sobre las personas, sino una descripción de cómo se encuentran las conductas y los sentimientos, del grado de desmotivación alcanzado por causas de diferente índole.

- No es difícil encontrarse con personas que viven lo que hoy llamaríamos *duelos retardados y crónicos* (algunos incluso patológicos), en relación a diferentes pérdidas experimentadas en el pasado, como pueden ser las pérdidas asociadas a roles que se han tenido (de docencia, de liderazgo, de gestión) o a lugares donde se ha vivido o grupos a los que se ha pertenecido y que, por razones de edad, o de traslado de comunidad, se viven de manera compleja, generando sufrimiento no necesariamente elaborado por no invertir la energía necesaria o realizar el trabajo indispensable de elaboración del duelo.

- Hay también quien, con ocasión del envejecimiento, viven de manera insana los conocidos *beneficios secundarios* que el mismo envejecimiento o la dependencia

acarrear. En efecto, estar mal y necesitar cuidados requiere la ayuda de otras personas, y a veces esta se “aprovecha” para convertirse incluso en un “tirano doméstico”. Este es aquel que, necesitando de ayuda de otros para algunas cosas, aprovecha (no necesariamente con malicia) para exigir ser atendido en lo que podría hacer solo. Es, quizás, un modo de reclamar más atención y cuidado o una forma de mostrar la profunda necesidad de afecto que se busca satisfacer mediante los servicios recibidos.

### 3. El “médico” (Jesús)

¿Es posible vivir sanamente en lugar de víctimas de las patologías descritas u otras que pueden habitarlos? ¿Es posible hacer experiencia de salud biográfica en medio de la limitación biológica asociada al envejecimiento?

Jesús es nuestra clave. La terapia que ofrece Jesús elimina los síntomas y sana los efectos, abre a la acción de Dios y reintegra las relaciones comunitarias. Mirar a Jesús, al centro de nuestra vida, puede ser sanamente confrontador en relación a estas experiencias de limitación en las relaciones.

Una mirada particularmente atenta a algunos milagros de curación nos puede ayudar a centrarnos en la salud relacional para la vida comunitaria y por ende, para la vida compartida en medio del envejecimiento personal e institucional.

- Un leproso marginado se sitúa en actitud de deseo de “limpieza” y “pureza”: “Si quieres, puedes limpiarme” (Mc 1,40).

En efecto, mucha falta de salud relacional se debe al no deseo profundo de limpieza relacional, de no transparencia. Dirigir a Jesús esta expresión, desde nuestra realidad de mayores que nos sentimos envejecidos o envejeciendo personal y grupalmente, puede sanarnos. ¿Qué hay que “limpiar” en nuestras relaciones que genera exclusiones o auto-exclusiones o marginación?

- Jesús se dirige a un parálítico, (Jn 5,6) y le pregunta: “¿Quieres curarte?”.

Sí, es muy probable que, si nos diagnosticamos en clave de salud relacional con alguna de las patologías arriba presentadas, es posible que la pregunta sobre si queremos o no curarnos, no sea en efecto, superficial. Querer sanar las relaciones es un compromiso por sanarlas, es una actitud reactiva ante los límites que contiene la falta de los valores que están en juego en la experiencia biográfica de apropiación de las relaciones en términos de libertad.

¿De qué patologías sacamos nosotros “beneficios secundarios”? ¿Queremos sanar de nuestras dependencias, pasividades en el afrontamiento de conflictos, complacencias con la situación actual mejorable, desde la que atribuimos a los demás la responsabilidad de los malestares del grupo?

- Al endemoniado de Gerasa, (Mc 5, 1-20), una persona que vivía entre los muertos, como nos puede pasar relacionalmente en algunos grupos, Jesús le dice: “Vete a tu casa y cuéntales todo a los tuyos”.

Jesús puede realizar en nosotros un proceso de liberación de los lugares de muerte donde nos retiramos, o nos dejamos retirar por los dinamismos enfermos de las relaciones. No es infrecuente que se produzcan privaciones de vida (comunidad, relación, afecto) en las comunidades. Pueden darse, y generar “muertes sociales o relacionales” en vida biológica. Jesús propone una actitud activa en medio de estos dinamismos, un compromiso por reintegrarse en la comunidad con un papel activo saliendo de los lugares de muerte generados por poderes opresores.

- Jesús suelta la atadura de la lengua al hombre que hablaba con dificultad (Mc 7, 31-35).

Los miembros de comunidades religiosas también necesitamos a veces dejarnos desatar la lengua para ayudarnos a decir las cosas con sencillez y claridad, cuando encontramos dificultades en nuestras relaciones. Una lengua que no se expresa con libertad genera otros malestares personales y comunitarios evitables, con impacto en el corazón, en la mente, en las conductas, en la misma biología de las personas.

- Jesús cura a diez leprosos y solo uno vuelve agradecido (Lc 17,11-19). En realidad, no hay verdadera curación si no hay vida vivida con agradecimiento.

Jesús nos ayuda a sanar, en efecto, si somos agradecidos como ese leproso (el único entre diez sanados), que volvió para demostrar su agradecimiento. Hay mucho que agradecer en la vida comunitaria, mucho que compartir, que no siempre es vivenciado como tal por pequeños conflictos interpersonales o patologías a las que hemos aludido.

Jesús terapeuta, que habita en lo más íntimo de nuestros corazones, nos puede sanar de los males de nuestras relaciones, que impiden la experiencia de la salud traducida en unidad y en relaciones sanas. Nuestro desafío es construir las relaciones a partir de lo que somos, sin querer asemejarnos al otro. Construir, por tanto, desde la *fraternidad*. La *relacionalidad* no es un agregado o una moda, sino algo que pertenece a la identidad del ser cristiano y de la consagración religiosa.

#### **4. Los “fármacos” (morales)**

Quizá no sea necesario continuar, después de haber hecho referencia a Jesús, fuente de nuestra sanación. Trataré, sin embargo, de indicar algunos cambios que, a mi juicio, hacen concretar las actitudes que se deben adoptar para “curar al enfermo” (grupo).

El primer fármaco que, según mi opinión, debemos tomar es el de la *fidelidad* (y esto por vía endovenosa, o sea, que vaya directamente al corazón de todos nosotros). Fidelidad a nuestro ser cristianos, religiosas y religiosos. Ser fieles se traduce en

capacidad creadora. En un mundo cambiante, si queremos ser los mismos también nosotros, debemos cambiar. Hacer frente al presente sin cambiar es traicionar la fidelidad. Y esto mismo nos lo debemos aplicar con respecto a la creatividad en las posibles relaciones entre los miembros de un grupo.

Quizás también sea necesario tomar una dosis de *transparencia y sinceridad* que nos ayude a *purificar las motivaciones* (por vía oral, como el spray que purifica cuando respiramos hondo).

Significa ser claros en lo que pensamos y decimos y en lo que no- decimos, transparentes, habitados siempre por la característica propia de la comunidad religiosa, que es la comunión, que nos fue transmitido por el Espíritu a través de nuestros fundadores.

Tomemos asimismo una dosis de *humildad* (cada uno piense por qué vía tomarla para que le ayude a sentirse más humilde). No nos creamos mejores que los seculares, mejores unos que otros... porque el bien que hacemos nunca sabemos si es debido a nuestra competencia, a un gesto que a nosotros se nos escapa... Los resultados no siempre están en proporción con los esfuerzos. Sobredosis de esfuerzos y sacrificios pueden ser falta de humildad.

Tomemos también una dosis de *confianza* (bajo la forma de gotas oculares, para ver bien). Este remedio nos quitará el temor a que los demás miembros del grupo vengan con ganas de dialogar y eso nos suponga una amenaza. Abramos el diálogo no solo a los simpatizantes, a quienes no nos confrontan con nuestras limitaciones (que secretamente podemos re-conocer).

Tomemos también una dosis del *compartir* (como crema para las manos). Se trata de evitar “prelaturas personales” que llevan a la creación de grupos alrededor de las personas; son relaciones exclusivas que no van más allá del individuo, y que quizá implican demasiado a algunos religiosos y religiosas.

## **5. Pronóstico y factura**

Si no seguimos la terapia, es probable que el paciente muera; o que no sane de las patologías diagnosticadas. Deberá vivir con patologías crónicas.

Si intervenimos con los remedios, es posible que el paciente mejore y goce más de la vida y tenga el gusto del cambio y de “una nueva vida”, más en sintonía con “la vida de lo alto”, de los valores.

Y después de todo diagnóstico y de toda acción terapéutica, viene, lógicamente, la factura; porque en la vida, todo tiene un precio... Tenemos que saldar la factura de este proceso terapéutico.

El precio más caro que debemos pagar quizás sea el de un cierto “nacer de nuevo” (Jn 3,3) cada día.

Un precio a pagar es poner “más corazón en las manos” (San Camilo) en lo que hacemos, en el colegio, en la cocina, en el cuidado recíproco, en la atención sanitaria, en el voluntariado que realizamos, pero sobre todo más corazón en la cabeza y en las manos en el ámbito de misión que también es la comunidad.

# 🎯 El anaquel

## *Detrás de la sonrisa, dos años después*

**Jorge Oesterheld (Director de “Vida nueva Cono Sur”)**

Dos años después de aquel histórico momento en el que el obispo de Roma se asomó al balcón de la Basílica de San Pedro y se inclinó ante su pueblo para pedirle la bendición, muchos deben pensar que aquel día se equivocaron al creer que ese buen hombre, venido del fin del mundo, era solo alguien humilde y piadoso. Poco a poco, fue apareciendo, detrás de esa sonrisa y esa sencillez que ganó los corazones de hombres y mujeres de todo el mundo, la fuerza inquebrantable de alguien que, con decisión y habilidad, tomaba las riendas de la Iglesia de una manera nueva y sorprendente.

Hubo en los primeros análisis que se hicieron sobre el nuevo Papa algunos errores de concepto. El primero fue confundir ternura con debilidad. La ternura es una virtud de los hombres y las mujeres más fuertes. No podemos reducir la ternura del Papa a su imagen de un abuelo atento a los niños, sino más bien reconocer en él un estratega que sabe muy bien hacia dónde va. Como buen cristiano, se dirige hacia ese punto con amabilidad y respeto por todos, empezando por los más pobres. El respeto por el otro es uno de los rostros de la ternura de los fuertes. Son los débiles y los que carecen de magnanimidad los que necesitan agredir o insultar con palabras o acciones.

Otro error fue confundir sonrisa y simpatía con populismo. Su origen latinoamericano colaboró para que muchos se confundieran y tropezaran con ese prejuicio. La sonrisa y la bonhomía no son sinónimo de hipocresía y debilidad; también son expresiones de fuerza. No es la del Papa esa sonrisa forzada de los políticos a la caza de votos, o en busca de la aprobación de un pueblo al que, en esa misma sonrisa, están menospreciando. **Francisco** besa y abraza a un pueblo que ama y ese pueblo le responde de la misma manera. Quienes aclaman al Papa no son una masa engeguedada por un líder. Brilla la autenticidad no solo en el rostro del Pontífice, sino también en los rostros de quienes aplauden.

A medida que fueron avanzando los días en estos breves e intensos dos años, fue quedando claro que el poder es servicio, pero no por eso deja de ser poder. El rebaño percibe que su pastor sabe hacia dónde va y se siente seguro siguiendo sus pasos. Los que no quieren ser considerados rebaño y analizan o critican desde la vereda de

enfrente se inquietan. El Papa no tiene enemigos, pero su forma de hablar y de actuar ha llevado a algunos a ubicarse en ese lugar.

La defensa que hace el Papa de los pobres no es retórica, no invita a la beneficencia o pretende conmover con golpes bajos que apuntan a la sensibilidad. Francisco va al fondo del problema: un sistema económico perverso que pone al-dinero y la codicia por encima de los hombres y mujeres concretos, que sacrifica en el altar del capitalismo a los más débiles, prometiendo una prosperidad que no llega nunca y que cada día está más lejana. El concepto no es nuevo, pero la claridad con la que es expuesto y la insistencia en el tema sí lo son. Solo con mala fe se puede considerar “populismo” a los discursos como el pronunciado en la isla de Lampedusa.

### **La humanidad del Papa**

Otro rasgo de fuerza que se esconde detrás de la sonrisa son las constantes invitaciones a abandonar la comodidad de una Iglesia encerrada en sus propios problemas y el llamado a ir hacia “afuera”, hacia las fronteras, hacia esos sitios en los que el anuncio del Evangelio es arriesgado y exige la mayor entrega. Son palabras que solo pueden molestar a quienes están cómodos allí donde están y no aceptan ningún cambio en sus vidas. Ciertamente, no se trata de algo novedoso: en los Evangelios resuena ese llamado en los labios del mismo Jesús; nadie puede sorprenderse.

Pero hay un rasgo del papa Francisco que muestra como ningún otro que la ternura y la sonrisa no son debilidad: el Papa no tiene temor a cometer errores. Habla y actúa sin miedo a las malas interpretaciones y, cuando es malinterpretado, aclara lo que quiso decir y sigue adelante. Fiel a sus palabras -“prefiero una Iglesia que se equivoca a una Iglesia enferma por quedarse encerrada”-, él mismo avanza sin temor a los errores que se pueden cometer en el camino. La prudencia no suprime la audacia. Este punto inquieta especialmente a muchos. Sienten que se tambalea la infalibilidad de Pedro. Nuevamente un error de concepto. La infalibilidad no está en juego; la que sí está afectada es la sacralización del papado, la tendencia a hacer del Papa un personaje “no humano”, y Francisco parece no temerle a su humanidad. Se le ve muy cómodo en ella. Como Jesús, el hijo de María y de José.

# 🎯 El anaquel

## *La educación en perspectiva filosófica*

**Olga Belmonte García (U. Pontificia Comillas)**

*En este artículo partimos de un análisis de la condición humana para comprender cuál puede ser el sentido de la educación. A lo largo de la vida, el proceso de enseñar y aprender nunca se culmina del todo, pero es necesario plantear qué es lo que no debería perderse en el ámbito educativo. ¿Cuál es la actitud más adecuada para despertar en los alumnos el amor al saber y el amor a la vida? ¿En qué medida estamos ofreciendo hoy una formación que favorezca la búsqueda de una vida plena? Estas son las preguntas que irán guiando nuestra reflexión.*

### **1. La dificultad de educar**

Una de las enseñanzas más importantes que cabe transmitir desde la infancia es el hecho de que no podemos elaborar una técnica de lo humano. El saber científico tiende a comprender y sistematizar lo que estudia, pero la vida no se deja sistematizar. La investigación científica nos permite especializarnos, pero la vida es algo en lo que no cabe «especializarse». Aun así, el auge de la técnica y la confianza en las verdades de la ciencia ha hecho que muchos de nuestros alumnos traten de buscar en su formación no solo la técnica para ejercer con éxito una profesión, sino la técnica para hacer amigos, para enamorarse o para ser felices. La filosofía sigue recordando incansable que hay una gran diferencia entre el saber científico-técnico y el saber respecto de las cuestiones humanas.

Señalar los límites del conocimiento no significa afirmar que la vida es ajena al saber o que el conocimiento científico-técnico es algo nocivo. La vida humana necesita ir de la mano del saber. Todos vivimos sabiendo algo más de lo que necesitamos saber para desenvolvernos en la vida cotidiana o para desempeñar una profesión. Ese saber que acompaña nuestra vida es la concepción que tenemos del mundo, de nosotros, de Dios, del Estado... Son concepciones instaladas en el mundo, que desembocan en una determinada praxis. Más allá de lo que sabemos hacer se encuentra este saber, que afecta a lo que somos. La confianza en uno mismo se juega en este saber primordial: de él depende el lugar que nos damos en el mundo. El modo de integrar y asimilar nuestras experiencias es la base de nuestro modo de estar en el mundo y de comprender la vida. Por otro lado, la sociedad produce saber y lo difunde a través de diversas instituciones, entre las que se encuentran la escuela o la universidad.

Podemos reconocer, con Lévinas, dos movimientos en la existencia humana: vivir de acuerdo con las necesidades, que se satisfacen en el trato con el mundo; y vivir orientados por el deseo, que apunta a realidades inalcanzables<sup>25</sup>. No se puede vivir sin atender a las necesidades, pero la vida humana tampoco debe quedar reducida a ellas. El mundo del progreso y de la técnica genera dependencias que, si no las reconocemos, terminan esclavizándonos. Vivir a merced del progreso y de la técnica nos conduce a una tecnocracia que dificulta la posibilidad de liberarse de las seducciones externas. El progreso técnico no es malo en sí mismo, pues ha contribuido a mejorar nuestras condiciones de vida; pero ofrece tantas comodidades y facilidades que es difícil distinguir cuáles son las necesidades reales.

La atención a los deseos permite aplazar la satisfacción de las necesidades y, en esa medida, nos libera de ellas. El deseo así entendido ofrece una doble enseñanza: la paciencia y la libertad respecto de nuestras necesidades básicas. La paciencia eleva la vida por encima de las necesidades vinculadas con la naturaleza. Esta altura no se alcanza cuando solo se busca la felicidad (satisfaciendo necesidades), sino que exige vivir desde el «respeto absoluto a la santidad de lo santo»<sup>26</sup>, que solo se puede desear, pero no poseer, y que unas veces conlleva felicidad, pero otra no. La paciencia que enseña el deseo permite aplazar el momento de alimentarse y buscar cobijo, quedando así a la intemperie, que es desde donde mejor se contempla el cielo (las cosas últimas).

Hay, por tanto, dos tareas iniciales y fundamentales que debe abordar la enseñanza en todos sus niveles: por un lado, mostrar que no podemos elaborar una técnica de lo humano, a la vez que despierta el amor al saber en un sentido más amplio; y, por otro lado, ayudar a distinguir el gozo instantáneo (propio de la satisfacción de necesidades), del amor a la vida (fruto del deseo de lo trascendente). El sentido de la educación sería, por tanto, despertar en los alumnos el amor al saber y el amor a la vida.

En la sociedad actual se han identificado ciertas ideologías, sobre todo la científica, con la trascendencia. Se considera que la última verdad es la que ofrece la ciencia: se otorga un valor sagrado a sus discursos (de modo que lo que no se demuestra científicamente, o bien no existe, o bien es irrelevante). Pero es una falsa trascendencia, pues solo es trascendente lo que escapa a nuestra capacidad de comprensión y dominio. La ciencia, cuando se convierte en ideología, usurpa la trascendencia al Misterio, pero no es la verdadera trascendencia, en la medida en que, en lugar de liberarnos, nos esclaviza.

El gozo o la satisfacción instantánea permiten sobrevivir, pero no ofrecen claves para dar sentido a la vida. Poco a poco se despierta una inquietud (un hambre de trascendencia) en quien solo vive atendiendo a sus necesidades; pues, aunque vivamos instalados en el mundo, nuestra humanidad apunta a realidades que

---

<sup>25</sup> E. LÉVINAS, *Totalidad e infinito*, Sígueme, Salamanca 2012.

<sup>26</sup> M. GARCÍA-BARÓ, *La compasión y la catástrofe*, Sígueme, Salamanca 2007, 361.

desbordan lo mundano. No hay técnicas para despertar el amor al saber y a la vida. Como educadores, solo podemos traducir la propia vida en un ejemplo de este amor. La escuela es un lugar privilegiado para recrear el tejido vivo: la comunidad de individuos que aman el saber y la vida.

## 2. Ante el enigma de la vida

Los misterios no pueden comprenderse ni descifrarse mediante un cálculo. Inicialmente, solo cabe una aproximación pasional a los enigmas. Afirma Rosenzweig que el alumno «tiene derecho a temblar y a quedar fascinado. A temblar ante la ley de la muerte y a quedar fascinado ante el milagro del nacimiento». Hay narraciones que aproximan al Misterio en una clave muy distinta de la científica, pero no menos importante. Dice el filósofo judío que «es injusto privar a los niños del “cuento de la cigüeña”, puesto que este dice la verdad: dice que aquí hay algo de lo que hay que maravillarse, algo milagroso»<sup>27</sup>. El saber científico no descifra el carácter milagroso del nacimiento. La ciencia explica la verdad del mundo, pero en las cuestiones humanas la verdad es que hay algo que siempre permanece inexplicable.

Comprendemos qué significa preguntarse por el sentido de la vida cuando «tenemos en nuestras entrañas, en lo hondo de nuestra infancia, la experiencia básica de que un día todo ha sido una pregunta sin respuesta»<sup>28</sup>. La infancia es el ámbito en el que «arraigan las esperanzas y despiertan las sospechas de todos los sufrimientos y todas las decepciones»<sup>29</sup>. Gracias a estas experiencias, el niño comprende que la felicidad pasa, en parte, por asumir la tarea de vivir la propia vida, tomando conciencia de que en esta aventura se puede tener éxito o fracasar.

Hay acontecimientos que irrumpen en la vida y la transforman. Rosenzweig reconoce en estos instantes tres rasgos: se presentan cuando el tiempo está «maduro» y «cumplido» (pues, de no estarlo, ni siquiera seríamos conscientes de ellos); ocurren pocas veces, incluso puede que una única vez en la vida; y, por último, aunque inicialmente solo afectan a una parte de nosotros mismos (lo que nos permite continuar nuestra vida cotidiana, acudir al trabajo, a clase...), progresivamente van afectando a todas las dimensiones de nuestra existencia, hasta el punto de transformar el sentido de nuestros gestos cotidianos. El acontecimiento es el enigma que logra conectar el principio y el final, el fundamento y la meta de nuestra vida; es el milagro que «irrumpe como el rayo desde el cielo en la marcha uniforme de los días»<sup>30</sup>.

El acontecimiento señala el límite entre la infancia y la madurez; es lo que Miguel García-Baró llama la «experiencia matriz» o fundamental, dado que el niño nace para

---

<sup>27</sup> F. ROSENZWEIG, *El País de los dos ríos. El judaísmo más allá del tiempo y la historia*, Encuentro, Madrid 2014, 89.

<sup>28</sup> M. GARCÍA-BARÓ, *Del dolor, la verdad y el Bien*, Sígueme, Salamanca 2006, 90.

<sup>29</sup> *Ibid.*, 66.

<sup>30</sup> F. ROSENZWEIG, *El País de los dos ríos*, cit., 92.

sí mismo en ella: es el instante en el que comprende que existe, pero que llegará un momento en que dejará de existir. Tras esta experiencia de ser consciente de que «soy» y de lo que significa «ser», el niño se implica de otro modo en su vida. En estas experiencias radicales llegamos a tocar la carne de nuestra alma. Pero para que pasen a formar parte del tejido de nuestra vida debe haber un momento posterior de soledad y silencio que nos permita digerirlas. Para que el acontecimiento tenga un eco en nuestra vida debemos crear el espacio vacío para que su sentido pueda resonar en nosotros.

Quien no reconoce su propio carácter singular, quien no toma conciencia de que es y existe como un ser individual, corre el peligro de quedar reducido a un ser anónimo de la masa, pues «la vida no tiene nunca buena conciencia mientras el pensar le dé la espalda»<sup>31</sup>. Gabriel Marcel sostiene que las masas no pueden ser educadas: solo se puede educar a personas; las masas solo pueden ser amaestradas. La educación, si no quiere limitarse a amaestrar, debe proteger y rescatar al individuo de la masa anónima.

Quien, influido por las modas y la inercia de la masa, vive sin tomar conciencia de sí mismo y de su propio valor posee una «conciencia desenfocada»<sup>32</sup> (sitúa en el centro de su vida las cosas que posee o quiere poseer). Lo que permite focalizar la propia conciencia es el sentimiento de intimidad, el encuentro con uno mismo, que se configura a través del afecto verdadero, la amistad y el amor. Promover en el proceso educativo las relaciones auténticas y crear espacios para que sean posibles, contribuye a la constitución y el fortalecimiento de la propia intimidad.

La libertad humana permite trascender lo dado, de forma que podamos elegir qué queremos o de qué desprendernos. La clave está en no identificar lo que somos con lo que tenemos. Marcel propone que cada progreso técnico sea «equilibrado por una especie de conquista interior orientada hacia un control siempre mayor de sí mismo»<sup>33</sup>, de modo que, más allá de satisfacer necesidades, seamos capaces de formular y perseguir deseos. El amor al saber puede liberarnos del encadenamiento a las posesiones. La vida plena requiere ser capaz de aplazar la satisfacción de las necesidades en nombre de un bien que esté a la altura de nuestra humanidad.

La posibilidad de dominar a otro surge cuando este se considera a sí mismo un ser insignificante (o ni siquiera tiene conciencia de sí). La masa es incapaz tanto de inteligencia como de amor, pues solo las personas piensan y aman. Para diluirse en la masa el individuo tiene que «vaciar de la realidad sustancial que iba unida a su singularidad inicial o al hecho de pertenecer a un pequeño grupo concreto»<sup>34</sup>. Solo quien es consciente de su valor es capaz de reaccionar y resistirse a la barbarie; por eso la formación del alumno debe contribuir a la constitución de esta realidad sustancial que conforma su singularidad, sin imponer moldes ni programas que la

---

<sup>31</sup> *Ibid.*, 191.

<sup>32</sup> G. MARCEL, *Los hombres contra lo humano*, Caparrós, Madrid 2001, 112.

<sup>33</sup> *Ibid.*, 52.

<sup>34</sup> *Ibid.*, 108.

coarten. La educación que logra rescatar al individuo de la masa es un antídoto contra la negación de uno mismo y del otro, es decir, un medio para combatir el fanatismo.

La dignidad de una persona no se juega en el hecho de que sea libre en los actos cotidianos, sino en el hecho de que lo sea en las decisiones importantes. Rosenzweig comprende que hay acciones en las que obramos más allá de nosotros mismos: los gestos que no solo hacemos, sino que nos hacen. Si en estas decisiones asumimos ciegamente los dictados de la masa y las modas, «¿en qué somos diferentes de la piedra que cae, de las olas que fluyen, del polvo que remueven las ruedas?»<sup>35</sup>. Es en ellas donde debemos salvar nuestra libertad, pues son acciones creadoras de vida que nos transforman y nos sobreviven.

### 3. El otro como maestro

La vida basada en la búsqueda de dominio y seguridad tiende a percibir al otro, bien como una amenaza para las propias posesiones, bien como un medio para aumentarlas. Este es el caldo de cultivo del fanatismo. Marcel considera que la masa es esencialmente fanatizable. El proceso educativo debe ser un instrumento desfanatizador. Pero el modo en que se ha organizado en Occidente el sistema de exámenes y oposiciones promueve una competitividad que nos deshumaniza<sup>36</sup>. La excesiva competición, en la que el alumno necesita imponerse o llegar siempre antes que el otro, debilita a la comunidad educativa. Todos se comparan entre sí y se califican, ordenándose en función de resultados académicos. Se trata de un sistema despersonalizador que mide y define a los alumnos por sus méritos académicos, que no anima a que entre ellos se reconozcan como parte de una misma comunidad educativa.

Esto nos impide reconocer que lo mejor en nosotros, nuestros talentos, en realidad son dones recibidos. Podemos afrontarlos haciéndolos fructificar, encarnándolos en nuestra existencia y convirtiéndolos en una nueva ofrenda para otros. Pero muchas veces contribuimos a que los alumnos vivan sus talentos de un modo egoísta, como un motivo para imponerse y lograr reconocimiento por encima de otros. Hay que fomentar que los jóvenes no vean en sus compañeros un obstáculo para progresar, sino una oportunidad para crecer y enriquecerse mutuamente.

La aventura de vivir siendo consciente de que se vive es, a la vez, solitaria y compartida: se necesitan buenos compañeros de camino. Buscamos la complicidad de otros que también han descubierto la importancia de decidir cómo vivir: «soñamos con leer en el rostro de los padres, los profesores y los amigos una señal, por leve que sea, de que también ellos se dan cuenta de lo que nos sucede a todos y

---

<sup>35</sup> F. ROSENZWEIG, *El País de los dos ríos*, cit., 96.

<sup>36</sup> G. MARCEL, *Homo viator. Prolegómenos a una metafísica de la esperanza*, Sígueme, Salamanca 2005, 30,3.

nadie expresa»<sup>37</sup>. Necesitamos un Sócrates capaz de cambiar nuestra mirada, pero no solo en la infancia, sino toda la vida.

En la infancia aprendemos a distinguir entre nosotros y los otros, entre nuestras necesidades y las ajenas, entre lo que podemos y lo que no podemos hacer. La escuela, además de la familia, es el lugar en el que cotidianamente aprendemos a mirar al prójimo, comprendiendo lo que esto significa: que no es un mero pedazo de mundo a mi disposición. Ni el individuo aislado ni la masa pueden ser la base de la comunión con el otro. Hay que formar individuos conscientes de sí y de la comunidad a la que pertenecen, de modo que la propia comunidad posea una autoconciencia de sí (y no degenera en masa). Sin «la unidad de buena conciencia y saber común [...] una comunidad no puede tener una recta autoconciencia y, por tanto, tampoco una vida plena»<sup>38</sup>. Pero la comunidad a la que pertenezco no debe aislarse del resto de grupos, sino que debe abrirse a ellos.

Ser maestro exige mantenerse despierto en medio del trabajo y las preocupaciones cotidianas y, a la vez, despertar a otros: contribuir a que los alumnos no pierdan la capacidad de «tropezar de lleno y por sí mismos con la realidad»<sup>39</sup>. Esto no se logra si nos limitamos a cumplir programas y a fomentar la competitividad entre los alumnos (y los maestros). El maestro debe transmitir con vitalidad una herencia, un saber, estando enamorado de aquello que enseña, de modo que esté conectado con la propia vida.

Pero el maestro lo es también en la medida en que está dispuesto a aprender de la experiencia de enseñar y del encuentro con sus alumnos. Esto le permite tomar conciencia de que siempre quedará algo por decir. Hablar desde la abundancia del corazón conlleva cierta decepción: nunca se dice todo lo que se querría decir ni del modo deseado. La sensación de no estar nunca a la altura del propio trabajo permite situar este en el centro: lo importante no soy yo como fuente de conocimientos, sino lo que acontece en el aula, en la relación con los alumnos.

Se necesitan maestros que den fuerza y vida al instante presente. Tanto la investigación como la docencia quedan muertas cuando no dialogan con el presente; pero es labor del maestro vivificarlas. Los maestros tienen la tarea explícita de enseñar a leer libros, pero, sobre todo, tienen la difícil tarea de enseñar a los alumnos a leer su propia vida: animarles a que emprendan en primera persona el viaje de la existencia y del encuentro con sus enigmas. Amar a los alumnos significa favorecer y permitir «que en estos florezca el amor a la realidad y a los hombres, el sentido de aventura y la vocación hacia lo cada vez más real y menos dominable»<sup>40</sup>.

---

<sup>37</sup> M. GARCÍA-BARÓ, *Del dolor, la verdad y el Bien*, cit., 69.

<sup>38</sup> F. ROSENZWEIG, *El País de los dos ríos*, cit., 83.

<sup>39</sup> F. ROSENZWEIG, *El País de los dos ríos*, cit., 83.

<sup>40</sup> *Ibid.*, 318.

#### 4. La vida en el aula

El maestro no puede anticipar ni programar las acciones creativas, los gestos auténticos de los alumnos, que transformarán sus vidas. Solo cabe tener, dice Rosenzweig, una «callada esperanza». El contexto educativo no puede reproducir el gesto auténtico de la vida, pero sí puede realizar ensayos aproximados. Hay que «dar espacio a este gesto (prepararlo) o retomararlo (conservarlo)»<sup>41</sup>: dar espacio a la vida, a pesar de que esta desborda las paredes del aula. La acción creativa, el gesto auténtico, se cumple al final, en la madurez del alumno, de la que el maestro no siempre es testigo. En esto coincide la educación con el arte, que trata de apresar la belleza sin lograrlo.

En este traer la vida al aula caben dos peligros: 1) bloquear la posibilidad del gesto al intentar dominar la situación y la respuesta del alumno. Para evitarlo hay que dar un paso atrás en el momento oportuno y dejar que el alumno actúe por sí mismo; 2) trivializar el gesto auténtico de la vida: no mostrar su verdadera seriedad y ofrecer una receta para afrontarlo. En todo caso, la educación solo puede ser preparación para la vida, pero no puede sustituirla, no puede ahorrarnos el trabajo de vivirla.

Todo lo grande se alcanza solo con modestia. Las grandes metas no se pueden planificar, pero sí se puede preparar al alumno para que pueda reconocerlas. Rosenzweig comprende que, en la aventura de vivir, las recetas no dan lugar a hombres, sino a caricaturas de hombres. La única receta es la ausencia de recetas, que es lo propio de la confianza. Gracias a ella podemos vivir el hoy sin miedo al mañana. Para ayudar a los jóvenes a disponerse para vivir de lleno los acontecimientos, no se les puede dar más que «las formas vacías del estar dispuesto»<sup>42</sup>, y a este respecto, quien más intenta darles menos les da. Estas «formas vacías» son el espacio y el tiempo en los que algo pueda acontecer.

La preparación para la vida (no solo para una profesión) requiere también espacios sin contenidos programados, en los que los alumnos puedan mostrarse a sí mismos; en los que puedan hablar, encontrarse y ser, más allá de lo que son capaces de hacer. Lo único que el maestro puede preparar es el espacio y el tiempo para hablar, y favorecer el clima de confianza necesario para ello. En el aula, además de transmitir un saber enciclopédico, hay que generar espacios en los que los alumnos puedan no solo «hacer», sino «ser»; momentos en los que los maestros puedan no solo decir lo que «saben», sino mostrar quiénes son. El maestro no debe renunciar a nada de lo que es mientras enseña, pues solo de este modo logrará traer vida al aula.

Estos espacios y tiempos solo pueden generarlos las personas, no pueden crearlos los libros. En ellos se aprende a escuchar a otros. En el diálogo crecen palabras de las que brotarán después deseos, y «los deseos son los emisarios de la confianza»<sup>43</sup>. La confianza hace posible el encuentro y sale de él reforzada. En esta búsqueda

---

<sup>41</sup> F. ROSENZWEIG, *El País de los dos ríos*, cit., 102.

<sup>42</sup> *Ibid.*, 178.

<sup>43</sup> *Ibid.*, 180.

dialogada de los deseos realizables (más allá de las necesidades personales), el maestro es también alumno, pues aprende a desear con otros. En los momentos de diálogo confiado y paciente, los alumnos y el maestro aprenden a desear en común.

Este diálogo puede ayudar a abandonar pensamientos asumidos ciegamente, pensamientos sin vida, que solo se piensan, pero no se viven. Educar es transmitir vida, señalar caminos para reconciliar el saber y la vida. Pero ¿son posibles hoy estos espacios, teniendo en cuenta la necesidad de cumplir y abordar todos los programas, todas las recetas? Rosenzweig comprende que el maestro sí puede lograrlo: «depende de su fuerza y capacidad de desear, de su impulso para preguntar, de su ánimo para dudar»<sup>44</sup>.

En estos espacios para el diálogo, lo importante es la pregunta, por lo que no caben respuestas programadas. Pero quien se aferre a la oratoria académica no permitirá que acontezca el auténtico diálogo. Afirma Rosenzweig que «el lugar desde el que dictamos clase se ha convertido ya y se ha falsificado [...] en un mal púlpito»; pero esto es algo que, según él, también ha sucedido entre los rabinos, que hicieron «del púlpito una mala cátedra»<sup>45</sup>. La difícil tarea de educar exige humildad y modestia. Rosenzweig afirma que hay maestros que se consideran a sí mismos «expertos»: son quienes están tan pendientes de transmitir un saber enciclopédico que tienden a no escuchar las preguntas, preocupados sobre todo por sus propias respuestas. Los expertos son quienes piensan que su labor es enseñar, no aprender. Pero un maestro que quiera atender a las exigencias del presente y de los alumnos debe mantenerse siempre dispuesto a seguir aprendiendo.

### **¿Qué experiencias deben fomentarse en el aula?**

El proceso educativo está lleno de dificultades, pero no solo por la difícil labor del maestro, sino por la actitud del alumno. En este caso, Rosenzweig considera que los mayores obstáculos son la falta de interés y los prejuicios. A veces la enseñanza no puede consistir más que en intentar retirar estos obstáculos, y lograrlo ya daría todo el sentido a la labor docente. Otra de las dificultades, si queremos educar en el amor al saber y a la vida, radica en que la formación debe abarcar todas las dimensiones de la existencia humana. En este sentido, podemos hablar de cinco tipos de experiencias que deberían estar presentes (de forma conjunta) en el proceso educativo<sup>46</sup>:

1. *La experiencia estética*: el niño es originalmente creativo; hay que promover experiencias que le permitan desarrollar la sensibilidad y la imaginación. Esto abrirá el camino a futuras experiencias morales, teóricas, religiosas... En la experiencia estética hay un Misterio que el artista intenta plasmar, sin lograrlo del todo. Es

---

<sup>44</sup> *Ibid.*, 182.

<sup>45</sup> *Ibid.*, 181.

<sup>46</sup> Tomamos esta clasificación de Miguel GARCÍA-BARÓ en *Del dolor, la verdad y el Bien*, pero con variaciones.

artista quien, sabiendo que nunca logrará apresar el Misterio en una creación concreta, sigue intentándolo de nuevo.

2. *La experiencia teórica o lógica*: consiste en ser capaz de resolver un problema o comprender una teoría. La claridad lógica es necesaria para acceder a otro tipo de experiencias; pero esta no se reduce a ser capaz de elaborar demostraciones racionales, sino que logra su máxima expresión cuando se consiguen «plantear preguntas cada vez más pertinentes»<sup>47</sup>. Ello evita que en el niño se apague la sed de nuevas experiencias estéticas, religiosas, éticas... Si no potenciamos el deseo de verdad, estaremos fomentando el dogmatismo o el escepticismo.

3. *La experiencia intersubjetiva*: la fascinación que siente el niño ante la realidad se multiplica cuando descubre que otros sienten también esa fascinación. Compartir las vivencias que acontecen en soledad vincula de un modo especial con otros. La experiencia intersubjetiva también potencia el resto de experiencias. El encuentro con el otro es, para Lévinas, una enseñanza, pues trae una novedad que no estaba en mí: anuncia que, además de yo mismo, existe «lo otro». El encuentro con lo diferente permite avanzar, llegar a ser otros. Pero en esta salida de sí se corre el riesgo de perderse a sí mismo: de ahí la importancia de identificar los referentes que pueden ayudarnos a enriquecer nuestra vida, en lugar de malograrla.

4. *La experiencia ética*: gracias a la experiencia ética, descubrimos que el mayor peligro no es la muerte, sino el mal. La búsqueda de felicidad y de plenitud nos embarca en un continuo combate contra el mal. La formación moral debe despertar en los jóvenes la conciencia de su responsabilidad en la promoción del bien y debe mostrarles la altura de este deber. Para vivir de forma plena no basta con ser nosotros mismos (lograr una existencia auténtica); la verdadera meta consiste en «superar la caída en ser cosas, para lograr ser personas»<sup>48</sup>.

5. *La experiencia religiosa*: una vez que el joven reconozca que en la vida hay Misterios que no se pueden desvelar ni dominar, la experiencia religiosa le permitirá dar nombre a ese Misterio: integrarlo en una determinada concepción del mundo, de la vida y de lo que la desborda y la llena de sentido. Esta experiencia se verá enriquecida por las otras, y será ella misma dinamizadora del resto de experiencias.

De la radicalidad de estas experiencias y la interacción entre ellas dependerá el modo en que el joven se apropie de su existencia. Atender a la plenitud de la vida, en el modo en que aflora en ellas, hará de la vida algo apasionante, surgirá en el alumno el amor al saber y a la vida. La posibilidad de que la educación aborde estas experiencias no depende tanto del saber de los docentes y de los contenidos que deban transmitir, sino de la actitud que adopten ante sus alumnos, pues, como afirma Miguel García-Baró, lo esencial no se enseña directamente, sino que se aprende indirectamente.

---

<sup>47</sup> M. GARCÍA-BARÓ, *Del dolor, la verdad y el Bien*, cit., 104.

<sup>48</sup> *Ibid.*, 313.

## 5. La comunidad educativa

La actitud del profesor y la motivación de los alumnos son fundamentales, pero también lo son las condiciones en las que se da la docencia. Como afirma Rosenzweig, para que un alumno pueda leer un libro, hay que ponerle en la situación de abrir uno. La curiosidad de los alumnos necesita estanterías que visitar. El centro educativo debe tener espacios en los que los libros estén accesibles, de forma que los alumnos puedan sumergirse en ellos. A través de la motivación y de los medios materiales adecuados se logrará liberar en los alumnos la capacidad de aprender. La institución educativa tiene un papel importante, pero no solo por facilitar los medios materiales, sino por el modo en que se organiza y organiza los estudios y a sus docentes.

La tecnocracia amenaza también a la vida de las instituciones educativas, en la medida en que midan su valor solo en términos de eficacia y desde criterios meramente numéricos (cantidad de alumnos, de aprobados, de visitas a la web del Centro...). Muchos de los elementos que enriquecen la formación no pueden medirse, no solo porque sean cualitativos, sino porque hay muchos aspectos que tienen su verdadera influencia y su fruto más allá de las aulas (fuera de ellas y en los años posteriores a las etapas educativas).

La tendencia a sistematizarlo todo deja en un segundo plano lo que no se puede programar; pero lo más importante que acontece en un centro educativo no es ni sistematizable ni previsible ni cuantificable. Los sistemas, la organización y los programas favorecen la eficacia y la productividad, pero no deben ahogar lo que no es importante en términos numéricos, sino que, aconteciendo una sola vez, puede cambiar toda una vida. Los programas son importantes, siempre que no ahoguen la vida en el aula de modo que nada nuevo pueda acontecer en ella.

Hay que evitar lo que Marcel llama «la tentación del número», que deshumaniza la educación. No se trata de demonizar el número como tal, sino de rechazar la idea de que el valor de una institución se puede traducir en términos numéricos. En este sentido afirma Marcel que «únicamente si logramos escapar de la fascinación del número cabe esperar seguir en lo espiritual, es decir, en la verdad»<sup>49</sup>. Cuando casi todas las esferas de la sociedad están sometidas a la dictadura del número (de los porcentajes, de los índices...), educar atendiendo a otros parámetros es una forma de transgresión, pero no pesimista ni escéptica, sino una transgresión alegre. Es la alegría de sentirse a la vez uno y varios, que Marcel llama «alegría eclesial»<sup>50</sup>.

La formación de los jóvenes no solo incumbe a las escuelas. Toda la sociedad está implicada en los procesos de creación y difusión de cultura y en la formación de los ciudadanos. De ahí que cada uno de nosotros, desde el papel que desempeñe, deba multiplicar las relaciones fraternas (de ser a ser); esto es, debemos «luchar contra el

---

<sup>49</sup> G. MARCEL, *Los hombres contra lo humano*, cit., 195.

<sup>50</sup> *Ibid.*, 169.

anonimato devorador que prolifera en torno a nosotros a la manera de un tejido canceroso»<sup>51</sup>.

Está en nuestra mano promover que en las instituciones, a pesar de la burocracia y la sistematización, sea posible que entre los alumnos o entre los maestros surjan relaciones de amistad, basadas en la confianza y el amor. Pero también podemos contribuir con nuestros actos y actitudes a la ceguera moral y la desconfianza mutua. La tarea que se nos plantea cada día es «descubrir esa esfera, por reducida que sea, en la que nuestra propia acción se pueda articular con una causa universal, que es la del espíritu de verdad y amor en el mundo»<sup>52</sup>. De nosotros depende que nuestros gestos cotidianos ayuden a desfanatizar y humanizar nuestras relaciones, contribuyendo así a despertar entre nosotros el amor al saber y el amor a la vida.

---

<sup>51</sup> *Ibid.*, 154.

<sup>52</sup> *Ibid.*, 199.



# El anaquel

## *Pedagogía y misión de Don Bosco*

**Sor Piera Ruffinatto**

**(Jornadas de la Familia Salesiana 2015)**

Celebrar el bicentenario del nacimiento de un santo es un acontecimiento rico de significados. Si luego aquel del cual se celebra este aniversario es San Juan Bosco, y aquellos que lo celebran se reconocen en su paternidad fundadora, entonces lo que estamos viviendo está destinado a permanecer en nuestro recuerdo y en la memoria histórica de la Familia Salesiana como acontecimiento lleno de gracia, ocasión única de renacimiento y conversión al Evangelio. Es este, por otra parte, el feliz horizonte eclesial en el cual se desarrolla este acontecimiento. Papa Francisco, en la Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium*, pide a todos los cristianos, y en particular a nosotros que tenemos el privilegio de vivir en este tiempo, el elegir caminos valientes y audaces para dilatar el anuncio del Evangelio de Jesús y llegar así a las periferias existenciales más ocultas y necesitadas de la luz de la salvación.

El tema que me ha sido solicitado - la pedagogía y la misión de don Bosco - me ofrece el punto de vista desde el cual partir y sobre el cual detenerme para esta breve reflexión. Sin embargo, como se puso de manifiesto durante los tres años de preparación al bicentenario, es difícil, si no imposible, separar la pedagogía, de la espiritualidad de don Bosco, aspectos de su santidad apostólica que encuentran concreción y adherencia a la realidad, sólo si son colocadas en su tiempo y en su historia. Las tres dimensiones: la historia, la pedagogía y la espiritualidad, por lo tanto, se deben leer en interacción dinámica en cuanto una interesa a la otra y ofrece la perspectiva justa para reconducir a la unidad su vida y su obra. Por lo tanto, no es posible comprender a don Bosco educador, sin poner en evidencia la fuente de la cual brotan sus extraordinarias realizaciones: su corazón ardiente de caridad pastoral y de celo apostólico.

Pero la santidad reconocida a don Bosco, puede ser comprendida e imitada sólo desde la perspectiva de la misión educativa a la cual él se sintió llamado desde niño y que fue articulándose en un proyecto y en un estilo de intervención condensada posteriormente en el Sistema preventivo. En el solemne reconocimiento hecho a don Bosco por San Juan Pablo II en el centenario de su nacimiento, donde lo definió

"Padre y Maestro de los jóvenes"<sup>53</sup>, encontramos esta síntesis luminosa de la cual, a través de una breve referencia, quisiera hacer emerger algunas rasgos.

De don Bosco educador y de su pedagogía me centraré en la fascinación, aquello que no se detiene en las impresiones inmediatas, sino que se tributa a una obra de arte, cuya belleza jamás termina. El mensaje que contiene, efectivamente, supera el espacio y el tiempo, y pasa a formar parte de las cosas divinas, eternas. De aquí una atracción que se transforma en una fuente inagotable de inspiración, y que para nosotros hoy aquí presentes, ha asumido la forma de una verdadera vocación. A esta gracia es necesario volver porque es una fuente en la cual calmar la sed, una zarza siempre ardiente donde debemos acercarnos descalzos de prejuicios para dejarnos iluminar por su luz.

La pedagogía de don Bosco es sin duda deudora de su tiempo y de su historia. Reconocidos estudiosos han puesto de manifiesto la necesidad de que sea "restaurada, reinventada, reconstruida"<sup>54</sup>. Es capaz de superar los elementos caducos para situarse en el nivel de "un incomparable ejemplo de humanismo pedagógico cristiano"<sup>55</sup> válido para todos los tiempos y en todos los contextos culturales.

Genial educador cristiano, don Bosco sabe proponer la santidad como meta concreta de su pedagogía, sembrando hábilmente la palabra del Evangelio en la realidad personal y concreta de los jóvenes, logrando así hacer síntesis entre evangelización y educación y poder alcanzar aquella gracia de unidad que es el núcleo de toda auténtica espiritualidad apostólica.

Arraigado en los principios de la pedagogía católica, don Bosco, es consciente que la educación es un proceso complejo en el cual se entremezclan aspectos humanos y elementos divinos, componentes personales e intervenciones comunitarias, dinanismos de maduración humana no disociadas de la misteriosa gracia divina. Así, él sabe conjugar la persona del joven en su particular *aquí* y *ahora* con sus diferentes mundos vitales. Integridad y totalidad son por lo tanto las columnas sobre las cuales se apoya y se construye su acción educativa; controles de marchas capaces de orientar otras estrategias.

Del auténtico educador, don Bosco posee la virtud característica que es la prudencia o sabiduría práctica. Virtud basada ciertamente en talentos personales, y también cultivada y desarrollada a través de un largo tirocinio de prácticas hecho de convivencia con los jóvenes, de compartir sus vidas, de participar en sus intereses, de escuchar sus necesidades. La prudencia, virtud de naturaleza intelectual, sostenida por componentes afectivos y volitivos, consiste en la capacidad de

---

<sup>53</sup> Cf Juan Pablo II, Carta Iuvenum Patris en el centenario de la muerte de san Juan Bosco, 31 enero 1988, in [http://www.vatican.va/holy\\_father/john\\_paul\\_ii/letters/1988/documents/hf\\_jp-ii\\_let\\_19880131\\_iuvenum-patris\\_it.html](http://www.vatican.va/holy_father/john_paul_ii/letters/1988/documents/hf_jp-ii_let_19880131_iuvenum-patris_it.html)

<sup>54</sup> Cf BRAIDO Pietro, *Prevenir no reprimir. El Sistema preventivo de don Bosco*, Roma, LAS 1999, 391.

<sup>55</sup> PABLO VI, "El valor del nuevo centro de estudios superiores en la armonía de la alta cultura eclesiástica", en *Insegnamenti di Paolo VI* vol.V, Città del Vaticano, Tip. Poliglotta Vaticana 1966, 530.

aprovechar con gran facilidad y espontaneidad el corazón los problemas educativos así como surgen en la práctica y de plantear una acción que responda de manera congruente y flexible a esta exigencia.<sup>56</sup>

Se comprende así el significado más real y profundo de su ser hombre de acción. La suya es la sabiduría práctica de quién sabe deliberar, juzgar y decidir en tiempo y lugar, de forma seria y responsable, qué hacer, cómo actuar, qué relación instaurar.<sup>57</sup> Es este tipo de acción que muestra su identidad de educador cristiano, acción humana por excelencia porque está destinada a formar al hombre a partir de aquello que lo convierte en tal. Obra que puede nacer sólo de una persona que está ella misma comprometida en esta empresa. Como afirma Romano Guardini, "la vida es dictada y encendida sólo por la vida. La más poderosa fuerza de educación consiste en el hecho que yo mismo en primera persona me pongo adelante y me esfuerzo para crecer".<sup>58</sup>

Sería fácil volver a recorrer toda la vida de don Bosco para evidenciar como del entretejido entre la fe en Dios y su indomable voluntad - que del campesino piamontés poseía la paciencia, la tenacidad y la perseverancia - él supo hacer una verdadera metamorfosis transformándose del impulsivo joven de IBechi en el don Bosco educador, humilde y sereno, capaz de encontrar la palabra y el gesto más apropiado para entrar con discreción en el corazón y en la mente de cada uno de sus jóvenes, se llame Domingo Savio o Miguel Magone.

El primer mensaje de don Bosco educador es por lo tanto vinculado al encanto de esta su ejemplaridad que en el ámbito pedagógico es la *conditio sine qua non* de toda acción formativa. El efecto de la observación y de la interiorización de modelos, efectivamente, "es reconocido desde siempre como uno de los más poderosos medios de transmisión de valores, actitudes, modos de pensar y de actuar".<sup>59</sup> Si a don Bosco la Iglesia lo ha reconocido con el título de "Maestro de los jóvenes" es porque él antes que nada fue testigo creíble de los valores que proponía y, como tal, capaz de enamorar e involucrar a otros en su empresa formativa y pastoral. Cada obra auténticamente educativa, en efecto, no puede hacer a menos que caminar en la perspectiva del discipulado.

No es entonces por fanáticos cuando se alaga, si se trata de don Bosco, sino por el espesor de su humanidad que avala el esplendor de su santidad y que, también hasta hoy, nos alcanza a todos. Además de ser centro de unidad de la Familia Salesiana,

---

<sup>56</sup> Cf PELLERREY Michele – GRZAŹDZIEL Dariusz, *Educar. Para una pedagogía entendida como ciencia práctica proyectual*, Roma, LAS 2012, 95.

<sup>57</sup> Cf ib. 99.

<sup>58</sup> GUARDINI Romano, *Persona y libertad. Saggi di fondazione della teoria pedagogica*, Brescia, La Scuola 1987, 240-241.

<sup>59</sup> BANDURA Albert, *Social foundations of thought and action: A social cognitive theory*, Englewood Cliffs, Prentice Hall 1986, 47-48.

don Bosco, es también el lugar ermenéutico para releer nuestra vocación de educadores cristianos.<sup>60</sup>

Desde esta perspectiva, dejarnos encantar por don Bosco significa despertar y revitalizar en nosotros su misma pasión educativa que, como tal, es una invitación a la metanoia, a la transformación del corazón y de la mente que nos permite sentir fuertemente la preocupación por tantos jóvenes que "viven sin la fuerza, la luz y el consuelo de la amistad con Jesús, sin una comunidad de fe que los acoja, sin un horizonte de sentido y de vida".<sup>61</sup>

Son los jóvenes, en efecto, la permanente prolongación de la encarnación para cada uno de nosotros y, lo que hacemos por ellos, tiene una dimensión trascendente según las palabras de Jesús: "Todo lo que habéis hecho a uno de estos mis hermanos más pequeños lo habéis hecho a Mí"<sup>62</sup>. Esta certeza nos impulsa también a nosotros, como a don Bosco, a encontrarnos con cada joven en un tu a tu, creyendo que en cada uno hay siempre una semilla de bondad y de Reino, ayudándoles a dar lo mejor de sí mismos y acercándolos al encuentro con Jesús.<sup>63</sup>

La educación cristiana es ante todo un camino de amor, un ministerio de colaboración con Dios, un privilegiado ejercicio de maternidad eclesial, que llena el corazón de alegría y hace aumentar el coraje y la esperanza. Ella, en efecto, se alimenta de la certeza de saber que "es sólo Dios quien hace crecer"<sup>64</sup> y nos permite conservar esta alegría en medio de una tarea tan exigente y desafiante que toma nuestra vida por entero.<sup>65</sup> Alegría que nos preserva de los riesgos del poder haciéndonos repetir, como el santo de los jóvenes: "Yo no soy más que el pobre don Bosco [...]. de estas obras yo no soy más que el humilde instrumento"<sup>66</sup>. Alegría que tiene una fuente oculta, profunda e inagotable: Jesucristo. Anunciarlo, por lo tanto, "no es sólo revelar una cosa verdadera y justa, sino también hermosa, capaz de colmar la vida de un nuevo esplendor y de una alegría profunda, también en medio de las pruebas»<sup>67</sup>.

Aquí tocamos el núcleo central del método preventivo que se propone hacer felices a los jóvenes, aquí y en la eternidad, encarnando la Buena Noticia del Evangelio de Jesús en sus vidas. Es la alegría de una comunidad que encuentra en su compromiso para educar evangelizando y evangelizar educando el sentido de su constituirse tal y,

---

<sup>60</sup> Cf *Carta de identidad carismática de la Familia Salesiana de Don Bosco*, Roma, Tipografia Vaticana 2012.

<sup>61</sup> FRANCISCO, *Exhortación apostólica 'Evangelii Gaudium' sobre el anuncio del Evangelio en el mundo actual (EG)*, 2013, 49.

<sup>62</sup> Mt 25,40 citado en EG 179.

<sup>63</sup> FERNÁNDEZ ARTIME Ángel, *Aguinaldo 2015. Como Don Bosco con los jóvenes, por los jóvenes*.

<sup>64</sup> 1 Cor 3,7.

<sup>65</sup> Cf EG 12.

<sup>66</sup> LEMOYNE Juan Bautista, *Memorias Biográficas de san Juan Bosco (MB) V*, S. Benigno Canavese, Scuola tipografica e libreria salesiana 1905, 653; VI 171.

<sup>67</sup> EG 167.

por esto, está unida en comunión, creando en su interior un estilo relacional caracterizado por una serena y espontánea familiaridad.

Redescubrir y reapropiarse de la alegría de educar juntos, en comunión, en tiempos de individualismo exacerbado, es la invitación que el Rector Mayor don Ángel Fernández Artime hace a toda la Familia Salesiana para este bicentenario. Pero este sueño viene todavía aún desde más lejos. Es uno de los últimos deseos de don Bosco que en el Aguinaldo del 1888 pedía a sus hijos salesianos y cooperadores "que le prometieran amarse como hermanos".<sup>68</sup>

La comunión es el fruto maduro del Sistema preventivo vivido juntos y, por lo tanto, el primer gran y auténtico camino de educación y evangelización porque es lugar de armonización de las diferencias dentro de un proyecto común.<sup>69</sup> Ella, lo sabemos, no es un punto de partida, sino meta de toda convivencia humana. Pero precisamente por esto, la Comunidad que se compromete a construirla se transforma en un laboratorio de humanización porque se ofrece ella misma, con el realismo de sus propias luces y sombras, como campo de experiencia en el cual es posible compartir y experimentar con los valores.

Cuatro principios propuestos en la *Evangelii gaudium* para construir la comunidad evangelizadora son coordinadas interesantes que merecen la atención y pueden orientar la acción educativa preventiva.

El principio del *tiempo superior al espacio*, por ejemplo, nos invita a privilegiar las acciones que crean dinamismos, a preocuparnos por iniciar procesos más que por poseer espacios, a apacentar teniendo presente el horizonte, con la certeza de que "el enemigo puede ocupar el espacio del Reino y causar daño con la cizaña, pero es derrotado por la bondad del trigo que se manifiesta con el tiempo"<sup>70</sup>

El optimismo pedagógico del Sistema preventivo se basa en esta visión de fe que hace decir a don Bosco y a nosotros con él: "Sembramos, y después, imitamos al campesino que espera con paciencia el tiempo de la cosecha".<sup>71</sup> Es a partir de este punto de vista que se releen los tiempos del educar y del construir en comunión. Tiempos que no están sujetos a las leyes de la eficiencia porque necesitan de una "mirada pedagógica", paciente, buena, capaz de imaginar el fruto del mañana a partir de las potencialidades de la semilla de hoy. Se trata, entonces, de buscar y encontrar - en nosotros mismos, en los demás, en la realidad - el "punto accesible al bien" desde el cual partir y desde donde hacer crecer.

El segundo principio deriva de la convicción de que la *unidad prevalece sobre el conflicto*. Conflictos y tensiones son inevitables en cualquier contexto humano, como dentro de la persona misma, no obstante pueden resolverse en una nueva

---

<sup>68</sup> MB XVIII 502-503.

<sup>69</sup> Cf EG 221.

<sup>70</sup> Ib. 225.

<sup>71</sup> MB XIV 514.

prometedora síntesis que no anula las diferencias, sino que las reconstruye en un plano superior, aquel del Espíritu.

La pedagogía del ambiente, sobre la cual se basa la estrategia preventiva, exige el considerar la dialéctica entre el conflicto y su superación como la dinámica normal de la práctica educativa. El fundamento del método -la caridad paolina que todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta, no pierde jamás la esperanza- es precisamente ese plano superior al cual es posible llegar con la comunión en el amor.

Esto exige que la comunidad se encuentre en continuo estado de conversión para evitar las divisiones estériles. "Unidos en un solo corazón", afirma don Bosco, "se hará diez veces más de trabajo y se trabajará mejor".<sup>72</sup>

La *realidad es siempre más importante que la idea*. Con este tercer principio se quiere reiterar la fe en la Palabra de Dios encarnada en la historia de la salvación que se prolonga en el hoy y hasta el final de los tiempos. Es la visión cristiana del mundo que hace de marco también a la propuesta educativa salesiana, ofreciéndole un criterio de relectura de la acción educativa como desvelar gradualmente a los jóvenes la belleza de su identidad de hijos de Dios, salvados y redimidos por la sangre de Cristo y llamados a hacer resplandecer cada vez más esta condición en sí mismos y en el mundo.

Finalmente, el último criterio, *el todo es superior a la parte*, es un principio hermenéutico que aplicado a la realidad lleva a abandonar el modelo de la esfera en el que los puntos son todos iguales porque equidistan del centro, en favor del poliedro, el cual refleja la confluencia de todas las parcialidades que en ello mantienen su originalidad. Es una visión no lineal, sino sistémica, que considera la relación entre las partes en perspectiva de recíproca influencia. Esta clave es la misma utilizada para releer los elementos del Sistema preventivo en interacción dinámica: cada uno de ellos es importante y decisivo, pero en la medida en que son puestos en relación con los demás y el resultado es más que la suma de las partes. En el método preventivo este principio se aplica a la interdependencia de la tríada razón, religión y "amorevolezza", así como a los elementos del proyecto educativo, y también a la comunidad educadora y a sus miembros.

El *todo superior a la parte*, impulsa a ampliar la mirada, a reconocer el bien dondequiera. Es decir, es un principio de inculturación que considera el Evangelio como levadura que fermenta toda la masa, ciudad que brilla sobre el alto del monte iluminando a todos los pueblos. Esta perspectiva remite a la realidad de la Familia Salesiana que con su vitalidad, juventud, actualidad y fecundidad expresa concretamente la universalidad del carisma salesiano que se ha dilatado a nivel planetario. En la multiplicidad de vocaciones y de tareas ésta permanece unida en su identidad de familia apostólica que realiza el sueño de don Bosco.

---

<sup>72</sup> MB XII 383.

Concluyo con una reflexión de san Luis Grignion de Monfort que en su *Tratado de la verdadera devoción a María Virgen* presenta el perfil de los santos los últimos tiempos. No podrían existir mejores palabras para pintar la santidad de don Bosco. Celebrar este esplendor en su persona, sin embargo, no es suficiente, sino también en todos los miembros de la gran Familia Salesiana debe poderse renovar el deseo de imitar su santidad prolongando así su obra en el hoy y en el mañana. Será este, estamos seguros, el modo más hermoso y fructífero de celebrar este bicentenario:

«[los santos de los últimos tiempos] serán purificados por el fuego de grandes tribulaciones y bien unidos a Dios, llevarán el oro del amor en el corazón, el incienso de la oración en el espíritu y la mirra de la mortificación en el cuerpo; serán en todo lugar el buen olor de Jesucristo para los pobres y para los pequeños.[...] serán los verdaderos apóstoles de los últimos tiempos: a ellos el Señor de las virtudes dará la palabra y la fuerza para operar maravillas. [...] Ellos serán los más asiduos a rezar a la Santísima Virgen y a tenerla siempre presente como perfecto modelo a imitar y potente auxilio para socorrerlos".<sup>73</sup>

---

<sup>73</sup> GRIGNION DI MONFORT Luis, *Tratado de la verdadera devoción a María Virgen*, Roma, Ed. Ferrari 1908, 68-69.

# 🎯 El anaquel



## *Tríptico del papa Francisco sobre la Vida religiosa*

**Raúl Berzosa (Obispo de Ciudad Rodrigo)**

### **Desde el inicio de su pontificado**

El papa Francisco, hablando a los consagrados y consagrados, el día 7 de julio de 2013, les pidió tres cosas: lo primero, vivir con la alegría de sentirse llamados y consolados, con ternura, por el Señor. Lo segundo, no tener miedo a sufrir la cruz en la misión encomendada. Y, lo tercero, no descuidar la oración porque la evangelización se hace de rodillas y ese es el secreto de la fecundidad de la vida apostólica.

### **En el año jubilar teresiano**

El papa Francisco envió una carta al obispo de Ávila, con motivo del Año Teresiano. En la escuela de la santa andariega, afirma el Papa, aprendemos a ser peregrinos. La imagen del camino puede sintetizar muy bien la lección de toda su vida y de su obra. Ella entendió su vida como un camino de perfección por el que Dios conduce al hombre, morada tras morada, hasta Él y, al mismo tiempo, lo pone en marcha hacia los hombres. ¿Por qué caminos quiere llevarnos el Señor hoy, siguiendo las huellas de santa Teresa? -El Papa nos recordó cuatro senderos teresianos: el camino de la alegría, el camino de la oración, el camino de la fraternidad y el camino del propio tiempo. Los recordamos-.

En cuanto a la alegría, Teresa de Jesús invita a sus monjas a “andar alegres, sirviendo” (*Camino* 18,5). La verdadera santidad es alegría, porque “un santo triste es un triste santo”. La alegría no se alcanza por un atajo fácil que evite renunciaciones, sufrimientos o cruz, sino que se encuentra padeciendo trabajos y dolores (cf. *Vida* 6,2; 30,8). La alegría de santa Teresa no es egoísta: consiste en “alegrarse de que se alegren todos” (*Camino* 30,5), y conlleva el ponerse al servicio de los demás con amor desinteresado.

La Santa, en segundo lugar, transitó también el camino de la oración, que definió bellamente como un “tratar de amistad estando muchas veces a solas con quien sabernos nos ama” (*Vida* 8,5). Cuando los tiempos son “recios”, son necesarios “amigos fuertes de Dios” para sostener a los flojos (*Vida* 15,5). Orar “no consiste en pensar mucho sino en amar mucho” (*Moradas* IV,1,7), en volver los ojos para mirara quien no deja de mirarnos amorosamente y sufrirnos pacientemente (cf. *Camino* 26,3-4).

La Santa nos muestra, en tercer lugar, que no podemos recorrer solos el camino, sino juntos; es la vía de la fraternidad en el seno de la Iglesia madre. Fundó pequeñas comunidades de mujeres que, a imitación del “colegio apostólico”, siguieran a Cristo viviendo sencillamente el Evangelio y sosteniendo a toda la Iglesia con una vida hecha plegaria: “Para esto os juntó El aquí, hermanas” (*Camino* 2,5) ¡Para vivir la fraternidad, no recomienda Teresa muchas cosas, simplemente tres: amarse mucho unas a otras, desasirse de todo, y la verdadera humildad, que “aunque la digo a la postre es la base principal y las abraza todas” (*Camino* A,4).

Y la cuarta nota del camino teresiano, recordado por el Papa es el “estar siempre en camino hacia los hombres para llevarles aquel «agua viva»” (Jn 4,10). A Santa Teresa, su experiencia mística no la separó del mundo ni de las preocupaciones de la gente. Ella vivió las dificultades de su tiempo -tan complicado- sin ceder a la tentación del lamento amargo, sino más bien aceptándolas en la fe como una oportunidad para dar un paso más en el camino.

## **En el año de la Vida Consagrada**

El papa Francisco nos ha regalado una su- gerente carta, en la que comienza afirmando: “Vosotros no solamente tenéis una historia gloriosa para recordar y contar, sino una gran historia que construir. Poned los ojos en el futuro, hacia el que el Espíritu os impulsa para seguir haciendo con vosotros grandes cosas”.

El papa Francisco, resume de esta manera los objetivos de la Vida Consagrada: el primero, mirar al pasado con gratitud, para confesar con humildad y gran confianza la propia fragilidad y, a la vez, dar testimonio con gozo de la santidad y vitalidad de nuestras instituciones. En segundo lugar es una llamada a vivir el presente con pasión.

Hemos de preguntarnos: Jesús, ¿es realmente el primero y único amor? El Año de la Vida Consagrada nos interpela sobre la fidelidad a la consagración y a la misión confiadas y ser “expertos de comunión” en una sociedad del enfrentamiento. Abrazar el futuro con esperanza quiere ser el tercer objetivo de este Año. Una esperanza que no se basa en los números o en las obras, sino en aquel en quien hemos puesto nuestra confianza y para quien “nada es imposible” (Lc 1,37). Es la esperanza que no defrauda.

## Habla Bergoglio

- “Con gran humildad, hagan todo lo que puedan para demostrar que la vida consagrada es un don precioso para la Iglesia y para el mundo”
- “*A través del camino de la obediencia, se madura la sabiduría personal y comunitaria, y de este modo será posible también adaptar las reglas a los tiempos: la verdadera actualización es obra de la sabiduría, forjada en la docilidad y la obediencia*”.



BICENTENARIO DELLA NASCITA  
**1815 • DON BOSCO • 2015**